

47

TROTAPOCO

Esta obra es propiedad de «Librería y Editorial Madrid, S. A.», que ha adquirido el derecho exclusivo de traducción y publicación de todas las obras de Luciano Zúccoli, que ha hecho el depósito que marca la ley y perseguirá cualquier edición no autorizada.

20517

273-

LUCIANO ZÚCCOLI

ALEGRÍAS Y DESVENTURAS

DE

año
1927

TROTAPOCO

TRADUCCIÓN DE

MIGUEL A. RÓDENAS

ILUSTRACIONES DE

RAFAEL PENAGOS

31



B 5
B 102

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID, S. A.

Avenida del Conde de Peñalver, 8.

MADRID

1925

168 X 282

124-2

I

LOS JINETES ROJOS

UNA hermosa mañana de mayo se detuvieron ante la venta de "Los Tres Castaños" dos jinetes: uno montaba un magnífico caballo tordo y el otro un ágil caballo bayo con un lucero blanco en la frente. Ambos caballeros vestían levita roja, calzón blanco y bota negra con vueltas de cuero amarillo; en la cabeza llevaban una gorra de terciopelo negro, como las de los "jockeys".

El que montaba el caballo negro y parecía menos joven que el otro, paró su cabalgadura casi a la misma puerta de la venta y llamó a voces:

—¡Juana! ¡Juanita!

Apareció en el umbral una linda mujer, ataviada modestamente, con sencillo delantal sobre el vestido marrón; y, saludando con una sonrisa, dijo a los dos hombres:

—¡Buenos días, señor Pablo! ¡Buenos días, señor Leopoldo!

—¡Buenos días! Quisiéramos beber un poco de cerveza fresca; pero deprisa, porque tenemos que alcanzar al príncipe y a nuestros compañeros...

Tornó a entrar la joven, mientras los caballos raspaban la tierra con una de las pezuñas delanteras, mostrando su impaciencia por reanudar el galope; y poco después reapareció Juana sosteniendo una bandeja sobre la cual había dos vasos de cerveza, coronados de cándida espuma.

Acercóse la mujer al caballo tordo y luego al bayo, estirando el brazo para que el señor Leopoldo pudiera coger su vaso de la bandeja, y esperó a que bebiera.

Pero en aquel punto salió de la venta, y se colocó a su lado, un rapazuelo que apenas contaría seis años, que se agarró a sus faldas, mirando con los ojos de par en par, ora un caballo, ora el otro, y siguiendo atentamente los movimientos de sus agudas orejas; parecía que no hubiese visto nunca tan de cerca dos buenos caballos y que estuviese un poco inquieto.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Pablo dejando en la bandeja su vaso vacío—. ¿Tiene usted un nene? Nunca lo he visto por aquí.

—¡Claro que no!—respondió Juana, sonrien-

do—. ¡Como que ha llegado ayer de la montaña! Es hijo de mi pobre hermana, la que murió el mes pasado; y ahora lo tenemos nosotros, mi marido y yo, para educarle y procurar que se haga hombre de bien...

—¡Es muy guapo!—dijo el señor Leopoldo, dejando a su vez el vaso en la bandeja—. ¿Te gustan los caballos? ¿Cómo te llamas?

El muchacho respondió con la cabeza que sí, que le gustaban los caballos; y como en aquel momento el bayo alargase hacia él el hocico, se arriesgó a tender la mano y acariciar la frente del animal y su lucero blanco.



—Se llama Enrique—dijo Juana—; pero en casa le llamamos *Trotapoco*, porque es muy calmoso.

—Pues ¡hasta la vista, *Trotapoco*!—dijo el señor Pablo, empuñando las riendas y haciendo girar a su cabalgadura torda—. ¡Hasta la vista, Juana!

—¡Quédate con Dios, *Trotapoco*!—exclamó el señor Leopoldo.

En un instante los caballos, estimulados por las

espuelas y por la enérgica presión de las piernas de los caballeros, se lanzaron volviendo la grupa; resonó durante unos minutos un trote corto y luego el ritmo del galope.

Entretanto, Juana había vuelto a las faenas de su casa; pero el minúsculo *Trotapoco* permanecía inmóvil contemplando a los dos jinetes con sus levitas rojas, que aceleraban la carrera y desaparecían en el horizonte, entre una nube de polvo amarillento.

¡Qué bien iban, sujetos, seguros, en sus caballos, rápidos y poderosos! ¡Qué elegantes! ¡Qué esbeltos!

Aunque ya no se veía nada en la llanura soleada e interrumpida por grandes manchas de árboles, aunque ya el polvo había vuelto a caer sobre el camino, *Trotapoco* continuó mirando hacia adelante, como si todavía viesé a los dos amigos de su tía.

Y ésta, que había preparado el almuerzo, tuvo que llamar al chiquillo, para que acudiera a comer su polenta con leche y salchicha; y tuvo que llamarle varias veces.

El comedor, en la sala baja de la venta, con una gran chimenea bajo cuya campana reuníase la gente en invierno para mondar habas o comer castañas, era alegre.

Sentados a la mesa estaban la tía Juana y su

marido, el tío Antonio; además, dos hermanos de Juana, que tenían de veinte a veinticinco años, y que se llamaban el uno Ernesto y el otro Arturo, y dos hermanas del tío Antonio, que eran mujeres de Ernesto y Arturo.

Porque Juana se había casado con Antonio, y su hermano Ernesto se había casado con Clara, que era hermana de Antonio; y el otro hermano de Juana, Arturo, se había casado con la otra hermana de Antonio, que se llamaba Bice. Las tres mujeres eran rubias y los tres hombres morenos; todos jóvenes, fuertes y sanos; voluntariosos para el trabajo y amigos de hacer el bien, poseían la alegría y la bondad de quien tiene la conciencia en paz y nada teme porque nunca hizo nada reprochable. Otra hermana de Juana, como ella había referido a los jinetes rojos, quedó viuda y luego había muerto ella también, dejando en el mundo a Enrique; y entonces, todos los tíos decidieron llevarse consigo al niño para que no quedase abandonado y solo. En la montaña, donde su madre tenía una casita, le llamaban, en efecto, *Trotapoco*, tal vez porque cuando era pequeñito, pequeñito, estaba siempre tranquilo y andaba a pasos muy menudos; porque se dormía en cualquier parte, en casa o en el bosque, en el pajar o en el establo, donde quiera que su madre tuviera que acudir para sus faenas.

Pero el apodo no era justo; a medida que crecía, Enrique iba espabilándose, jugaba y gritaba como todos los chiquelos de su edad y si la madre solicitaba su auxilio para cualquier ayuda en armonía con su estatura, como llevar un poco de leña, recoger las castañas o arrastrar un carrito con las provisiones, prestábase a ello de buen grado.

Era, en fin, un chiquillo activo e inteligente y procuraba no estorbar a los que trabajaban; antes por el contrario, cuando le encargaban algún menester, se sentía orgulloso de llevarlo a cabo.

Y, sin embargo, el apodo le quedaba como una de tantas injusticias del mundo; todos le conocían en los alrededores de su casa por *Trotapoco*; y muerta la madre y llamado a vivir con sus tíos, la cosa no había cambiado; también sus tíos le llamaban *Trotapoco*.

¿Qué podía él hacer, chiquitín como era, contra aquel vicio? Habíase acostumbrado de tal modo que si alguna vez hubiese tenido tarjetas de visita hubiera ordenado que rezasen: "*Enrique el Trotapoco*" para distinguirse de todos los demás Enriques que pueblan la tierra.

Por lo demás, nadie daba a este mote significado de burla ni reproche; más bien se pronunciaba con acento afectuoso, de protección y familiaridad. En el campo y en la montaña se usan mucho

los apodos, y yo tengo oídos muchos bastante más feos que *Trotapoco*, y siempre he visto que el que lo llevaba respondía sin ofenderse.

El caso es que *Trotapoco* comió con buen apetito, como de costumbre, su salchicha y su polenta, y que bebió luego su leche mientras los tíos y las tías charlaban de los trabajos de la hacienda.

Y cuando todos estaban a punto de levantarse, *Trotapoco* se decidió a preguntar:

Tía Juana: ¿quiénes son esos señores?

—¿Qué señores?

—Esos señores que han venido a caballo y han bebido cerveza.

—Esos señores—explicó el tío Antonio, levantándose y limpiándose la boca con tosca servilleta de algodón,—son los palafreneros del señor príncipe, dueño de esta venta y de todos los terrenos de alrededor.

—Y, ¿qué hacen a caballo?—interrogó de nuevo *Trotapoco*.

—El señor príncipe, aquí, en sus haciendas, da cacerías de ciervos y de gamos a sus amigos, y esos dos palafreneros toman parte en las cacerías como batidores..

Trotapoco no comprendió del todo; pero volvió a preguntar:

—¿Y van siempre a caballo?

—¡Naturalmente!—respondió tía Juana—. Ese es su oficio.

—¿Y tienen muchos caballos?

—Muchos. Unas veces los verás con un caballo tordo, otras con uno alazán y otras con uno báyo, porque, aunque no haya cacería, deben pasear los caballos para que hagan ejercicio.

—Entonces... ¿andan siempre a caballo—continuó *Trotapoco*—y con el caballo que les gusta?

—Siempre—aseguró tía Juana—. Tienen muchos, y todos magníficos, a su disposición.

Y diciendo esto, disponíase tía Juana a salir con su hermana, cuando *Trotapoco* rompió a llorar.

Todas las mujeres, Juana, Clara y Bice, se volvieron a mirarle, asombradas.

—¿Por qué lloras? ¿No te encuentras bien? ¿Comiste demasiado? ¿Te duele la tripa?

Trotapoco, con los puños cerrados sobre los ojos, continuó llorando, y sus buenas tías no pudieron saber por qué lloraba.

UNA LECCION

TROTAPOCO, que era un excelente muchacho, pleno de buena voluntad, tenía, sin embargo, un defecto, un terrible defecto, uno de esos defectos que si no se descubren a tiempo y se corrigen en un niño, acaban por dominarle y por constituir la desgracia suya y de cuantos le conocen y le rodean.

Era envidioso.

Nada tan antipático como la envidia, tanto en los grandes como en los chicos. Y nada asimismo tan estúpido, porque el mundo es grande, y cada cuál debe encontrar la manera de hacer su camino rectamente, sin pararse en si los demás son más afortunados.

Siempre que he conocido un envidioso, he pro-

curado huir de él, alejarle, olvidarle, porque sabía que no me podría fiar: los envidiosos no son nunca buenos amigos, y gozan de vuestros infortunios a escondidas, pero no disfrutan con vuestras alegrías; por el contrario, les hacen sufrir.

Ello es que *Trotapoco* era envidioso sin que él mismo lo supiera, porque nadie se lo había dicho nunca en el poco tiempo que llevaba en el mundo y en las pocas ocasiones que había tenido de mostrar su carácter.

Por eso aquel día había roto a llorar cuando menos se pensaba. Que aquellos dos palafreneros del príncipe tuviesen muchos caballos magníficos, torcos, bayos, alazanes, a su disposición, y que pudiesen montarlos, y trotar, y galopar e ir de caza, y que él no tuviese ninguno, ni siquiera de cartón, ni siquiera con tres patas, se le antojaba una enorme injusticia...

Envidiaba a aquellos dos palafreneros. ¿Qué cosa especial tenían para ser tan afortunados? ¿Es que por ventura no hubiera sabido él montar en el torco y hacerle galopar y vestirse de rojo?

Como todos los envidiosos, perdía el sentido de la lógica; no veía que aquellos dos eran hombres hechos y derechos y él un pequeñuelo con dos piernas que parecían palillos de dientes, y no comprendía que la vida de aquellos dos no consistía toda en

trotar y galopar, sino que tenían obligaciones serias y responsabilidades y deberes graves, como otro hombre cualquiera. Los veía vestidos de rojo y a caballo y no acertaba a figurárselos más que a caballo y vestidos de rojo; y también él quería vestirse de rojo y montar a caballo.

Y una buena mañana he aquí que llegan de nuevo a la venta.

Apenas oyó desde el corral el piafar de los animales, salió *Trotapoco* como una flecha para echar un vistazo. En efecto, eran ellos: el señor Pablo y el señor Leopoldo.

Pero traían caballos nuevos: el señor Pablo montaba un hermoso alazán, de largas crines doradas y un magnífico mechón que le caía sobre la frente por entre las dos orejas, y el señor Leopoldo cabalgaba un castaño, lustroso, fino, todo fuego, al que habían puesto un frontal color púrpura que parecía una llama en torno a la bella cabeza de ojos inteligentes.

—¡Aquí está nuestro *Trotapoco*!—exclamó el señor Leopoldo, reconociendo al chiquillo—. ¿Quieres decir al tío o a la tía que nos traigan algo de beber si no les molesta mucho?

—¿Por qué montan ustedes siempre a caballo?
—preguntó audazmente *Trotapoco*.

Los dos se echaron a reír.

—¿Cómo?—dijo el señor Pablo, que montaba el alazán—. Nosotros estamos al servicio de su alteza el príncipe, y montar a caballo es para nosotros una obligación. A nuestro cargo están todos los caballos...

—Y entonces, yo ¿por qué no monto nunca a caballo?—insistió *Trotapoco* tapándose la cara.

Los dos jinetes lanzaron una nueva carcajada.

—Se ve que no lo has entendido—observó el señor Leopoldo—. Pero si quieres montar, no tienes más que decirlo.

Trotapoco creía que el señor Leopoldo trataba de burlarse y se sentía humillado. Pero cual no sería su sorpresa al ver que el otro se apeaba de un salto y le acercaba el caballo castaño sosteniéndolo por la brida.

—¡Vamos, arriba, aquí lo tienes!—dijo el señor Leopoldo irónicamente—. ¿Por qué no pones el pie en el estribo?

¡Poner el pie en el estribo! *Trotapoco* mira y ve que el estribo le llega apenas a la nariz; más aún: hubiera podido pasar bajo el vientre del castaño sin rozarlo con la cabeza... Estaba irritadísimo; aquellos dos señores le estaban faltando al respeto descaradamente, porque mientras el uno le azuza y le desafía el otro se dobla sobre el caballo y ríe a desquijarrarse.

El señor Leopoldo aprovecha su azoramiento y ajusta entretanto la silla, que tenía la cincha un poco floja; luego, mientras *Trotapoco*, enfadado, está a punto de volver la espalda y marcharse a llamar a su tía, lo levanta como una pluma y lo coloca sobre el castaño, que yergue la cabeza y las orejas.

—¿Estás así contento? ¿Estás bien?—pregunta el señor Leopoldo.

¡Caramba, qué distinto es el caballo visto de cerca, del caballo montado! *Trotapoco* lo advierte inmediatamente, porque eso de no caer por un lado o por otro para romperse las narices en el suelo supone una ciencia que un minuto antes ni siquiera sospechaba. Y se agarra con ambas manos al arzón, sin quitar los ojos de las orejas del caballo, que se le antojan el índice de las circunstancias.

—Coge las riendas—dice el señor Leopoldo, mientras se las ofrece—. ¡Ahora voy a darte un paseo!

Le sujeta por un costado con la diestra, y, andando hacia atrás, mueve el caballo con la izquierda por la brida...

¡Caramba, caramba, caramba; esto es otra cosa! *Trotapoco* se esfuerza por sonreír, pero es una sonrisa oblicua la que le sale. El castaño es tan vivo, tan burlón, que alargando el paso, ya de

por sí suelto y ligero, se pone a trotar, y el muchacho oscila de acá para allá y de atrás adelante.

—¡Ojo!—dice el señor Pablo al señor Leopoldo—. ¡No vaya a ocurrir cualquier percance!...

Y dijérase que hablaba como profeta, porque aun no había terminado la última palabra cuando el castaño se puso a caracolear al oír el chasquido de la fusta que un carretero hace restallar en el camino; y *Trotapoco* salta de la silla, apenas sostenido por el puño sólido del señor Leopoldo; pero he aquí que el castaño da un bote tras un nuevo crujido del malhadado látigo...

—¡Que se cae!—grita el señor Pablo.

Y esta vez no hay remedio. El pobre *Trotapoco* se ha escapado también del puño fuerte del señor Leopoldo y sale despedido por encima de la cabeza del caballo y vuela a diez pasos, describiendo un semicírculo en el aire.

Ya se creía muerto, ya estaba seguro de no ver más a su tía, ni a sus tíos, ni ninguna de las cosas bonitas de este mundo; pero, por fortuna, hubo un momento en que sintió que llegaba, que llegaba a tierra, naturalmente. No llegó a dar con la cabeza en el empedrado; el dios que protege a los niños le hizo caer sobre un montón de paja que había en un rincón, y allí, la fuerza de la caída, le hace dar dos o tres vueltas antes de quedarse quieto. El se-

ñor Leopoldo entrega el caballo al señor Pablo, que sigue montado, y acude, presuroso, a levantar a *Trotapoco*.

—¡No se llora!—le dice enérgicamente—. ¡Ya eres un mozalbete, ¡qué diablo!, y la primera vez que yo monté me sucedió lo mismo!

Trotapoco no llora: se levanta con la boca y



los ojos llenos del polvo que su tremendo batacazo ha levantado del montón de paja; pero bajo la paja debía haber alguna cosa dura, una piedra tal vez, porque el muchacho nota que le duele la frente.

El señor Leopoldo le sacude ligeramente con la mano la chaqueta y los pantalones y le pasa el pa-

ñuelo por la cara. Luego vuelve a montar a caballo de un salto, sin poner el pie en el estribo, y llama:

—¡Juana! ¡Juanita!

La tía Juana acude sonriendo y, sin que se lo pidan, trae ya los dos vasos de cerveza. *Trotapoco*, por hacer algo, se ha sentado sobre el montón de paja y se toca la frente, sobre la cual aparece una mancha roja que acaso mañana sea lívida.

—Juana—dice el señor Pablo, después de haber bebido y mientras coloca su vaso en la bandeja—: nuestro *Trotapoco* ha tomado su primera lección de equitación.

—Y ha salido por las orejas del caballo—añade el señor Leopoldo—. ¡Siempre se empieza así!

Juana mira al pequeñuelo, que permanece serio e inmóvil, escuchando. Y la buena tía no le reprende.

—¿Usted cree—dice al señor Leopoldo—que llegará a aprender?

—¡Quién lo duda!—exclama el interrogado—. Llévelo algún día a las caballerizas. Haremos de él un “jockey” y será célebre...

¡Un “jockey”! *Trotapoco* se pregunta qué querrá decir aquella palabra nueva; pero piensa que si en cada lección le ha de nacer un cardenal en la frente, sería mejor estudiar otra cosa cualquiera...

III

LA CABALGATA

A SI aprendió *Trotapoco*, a sus expensas, que antes de envidiar y de juzgar y de querer hacer lo que los demás hacen, es preciso pensarlo; y si volvía a nacerle alguna envidia en el corazón por la supuesta fortuna del prójimo, el recuerdo de aquel cardenal en la frente, que luego se puso morado y acabó siendo un precioso chichón, pronto le avisaba y le corregía.

Pasaron muchos días después de aquella primera lección y en este tiempo *Trotapoco* fué familiarizándose, no sólo con el cortijo que le albergaba, sino que también con todos los alrededores. Salía por la mañana y se iba con su tío Antonio por el campo; algunas veces daba con su tía Juana

breves paseos y veía otros niños y otras gentes y las casas de algunos amigos.

El pueblo estaba un poco lejos de la venta; pero *Trotapoco* había aprendido el camino y en muchas ocasiones llegaba hasta él para hacer encargos de los tíos, con una cesta de mimbre colgada del brazo derecho.

Compraba la sal, el pan, verduras, carne; compraba tabaco y cerillas para los hombres y siempre manejaba el dinero que para estos menesteres le entregaban, con mucho sosiego, porque sabía contar y hasta leer. Siempre volvía a casa a la hora justa y jamás se equivocaba en las cuentas de las monedas que debía entregar. Y una mañana, al volver del pueblo a la venta, con su cesta llena de cosas, sintió a su espalda que resonaba un gran estrépito y que por el aire se esparcía un alegre murmullo salpicado de carcajadas femeninas.

¿Qué podría ser aquéllo?

Detúvose *Trotapoco* y vió desembocar, por el lado del pueblo, acercándose a él, toda una brillante cabalgata. La componían caballeros con levita roja y sombrero de copa y señoras vestidas de negro, tocadas con sombrero hongo de hombre y unas faldas largas que caían por el flanco izquierdo del caballo; un nutrido cortejo, en suma, de caballeros y Amazonas, al trote corto: los hombres fumando

cigarrillos y las señoras charlando y riendo. A juzgar por el polvo y el sudor de los caballos, que resollaban y echaban espuma por los belfos, dijérase que la cacería había sido larga y fatigosa para los animales; pero, teniendo en cuenta la alegría de las amazonas y de los jinetes, comprendíase también que debió ser agradable y profícua.

Tras el cortejo de los señores venía todo un tro-



pel de perros, con las ágiles patas manchadas de rubio o de negro, que caminaban con la lengua colgando a un lado de las fauces, pero atropellándose y ladrando, como deseosos todavía de correr y cazar. Los dirigía, restallando de vez en vez un látigo, corto de mango y largo de cuerda, el señor Pablo, a caballo, que de vez en cuando dejaba caer la tralla sobre los lomos de los sabuesos más indis-

ciplinados, de los que intentaban jugar con sus compañeros.

Y tras el señor Pablo, otros criados y palafreneros, entre los cuales iba el señor Leopoldo. Este llevaba a la grupa de su caballo un animal de pelo claro, que *Trotapoco* no había visto nunca: la pienza, muerta, que regaba de sangre el polvo del camino; y otro palafrenero llevaba también, atravesado en su caballo, otro animal muerto, parecido al primero.

Todos los señores y las señoras, al pasar junto a *Trotapoco*, se quedaron mirándole; y una de las más bellas amazonas, que iba guapísima con aquel vestido negro y con aquel sombrero bajo el cual se recogía una abundante cabellera color de oro, inclinóse un poco sobre el arzón y llegó a tocar el chamberg de *Trotapoco*, diciendo con una sonrisa:

—¡Buenos días, muchacho!

Trotapoco pensó que debería contestar descubriéndose; dejó en tierra la cesta, se quitó el sombrero con las dos manos, y exclamó:

—¡Buenos días, señorita!

Rió la amazona y él se quedó atónito mirándola. Pasaron, entre los caballos, el bayo, el tordo y aquel castaño que había lanzado de la silla a *Trotapoco*. Lo montaba un señor que de seguro le había hecho galopar furiosamente, porque el animal estaba

lleno de rodales de espuma y resonaba recio como si buscase aire fresco. También el señor Pablo y el señor Leopoldo le saludaron al pasar, pero serios, casi a escondidas, con un breve gesto, porque no estaban libres en aquel momento y debían tener mucho respeto a los señores que cabalgaban delante.

Trotapoco oyó la voz de la señorita rubia, que llamó:

—¡Pablo!

Y se quedó mirando con curiosidad.

A la llamada, Pablo se acercó con un salto del caballo al flanco de la señorita, pero un poco detrás, de modo que el pecho de su cabalgadura estuviese apenas al nivel de la grupa de la otra, y con la diestra se apartó ceremoniosamente la gorrita de terciopelo negro.

—¿Conoces a ese chiquillo?—le preguntó la amazona, casi sin mirarle.

—Es el sobrino del ventero—contestó el señor Pablo—. Hace un mes que está en la venta, excelencia.

La joven no dijo más, y el señor Pablo, al cabo de un instante, moderó el paso y se colocó al lado de sus perros.

Luego pasó toda la cabalgata, entre una nube de polvo, y poco después se perdió de vista.

Trotapoco volvió a coger su cesta y apresuró

el paso hacia la venta, porque había perdido algún tiempo contemplando la escena.

Iba pensativo. Había sentido un día, el día primero que los conoció, la distancia que le separaba a él del señor Pablo y del señor Leopoldo. Ahora, mientras desfilaba la cabalgata, había comprendido la distancia que mediaba entre Pablo y Leopoldo y aquella señorita que se llamaba *Excelencia* y todos los demás que iban delante con ella.

Empezaba a ofrecérsele el mundo en sus proporciones exactas. Cada uno es a la vez superior e inferior; cada cual tiene sus derechos y sus deberes; cada cual manda y obedece. Y sobre todos, como su madre le había enseñado y sus tíos le repetían, está el Señor.

Y con la cesta colgada del brazo, *Trotapoco* miró al cielo intensamente azul...

IV

JOHN TRUSDY,

PERO en el fondo del corazón de *Trotapoco* quedaba cierta amargura, de la que no se atrevía a hablar con nadie. Después de todo, sus aventuras hípicas habían comenzado y acabado con una solemne voltereta; y aunque el señor Leopoldo había dicho aquella mañana a su tía que debiera hacer de *Trotapoco* un famoso "jockey", no se había vuelto a hablar de semejante cosa.

Habíanse visto por la venta, tanto Leopoldo y Pablo cuanto otros palafreneros del príncipe, pero ninguno había invitado a *Trotapoco* a cabalgar, y su equitación se había limitado a un vuelo por el aire y a un sollozo sobre el montón de paja.

Aquella figura ridícula la tenía clavada en el alma, como cuando se prende una espina en la

mano y se deja sentir de cuando en cuando, apenas roza con algo el sitio en que se encuentra.

Y para mayor quebranto había concurrido involuntariamente también el tío Antonio, explicándole que “jockey” quiere decir carrerista, esto es, jinete que galopa en competencia, con caballos magníficos, y salta los obstáculos, y si es valiente y serio y apasionado de su oficio, se ve rodeado de los señores que tienen cuadras de carreras, y bien pagado y considerado como un personaje importante.

También le había dicho su tío que la profesión es difícil, que es necesario comenzarla muy joven, que impone muchos sacrificios y que no todos sirven para ella; porque si el jinete es muy pesado, o come con exceso, o bebe licores, o no sigue un método riguroso y sereno de vida, no puede vencer en la carrera, y no posee ni agilidad ni la energía necesaria para conducir caballos de genio y de extraordinario arrojo.

En resumen: que también en aquella profesión, de la que oía hablar por vez primera, *Trotapoco* encontraba bueno y malo; pero se le antojaba que lo bueno era tanto que merecía la pena de intentar la prueba. Sentíase pequeño, pero fuerte, ágil y enérgico; se le antojaba que el castaño le había lanzado del arzón por mera casualidad, y que si se

lo volvieran a en
como Dios mar

Además qu
nio, aquel caba
rreras; era un
de carreras fue
ta que el otro.

Trotapoco p
cuanto tenía un
cuela, ayudaba a
despachaba sus e
se colocaba en un
tar gravemente, p
ción debía desap
tencia por el mero
del caballo castaño

Un domingo, el
al señor Leopoldo y
ron a otro señor, a

Era un hombre
con la piel del rostro
ba cabellos cortos, y
da; parecía que dent
tase el cuerpo de t
elástico al mismo t
vios y de músculos

El tío Antonio

20/10/22

an. John Trusdey
no suyo y reía
a entre italia-
nunciación in-
uviera las pa-
s entre am-
s y ellas, sin
enta, se es-
hacía com-
nente, y ges-
o modo que
ente su len-

odos a la me-
ocados de la
: John Trus-
Juana, luego
al lado de éste
señor Leopoldo,
Ernesto, Arturo
Trotapoco.

que John era el
y que había ven-
a y del extranjero,
s de vista y escu-

o que se hablase

de caballos y de caballerizas; los hombres comían, bebían, contaban bromas; las mujeres preguntaban a John cosas de la vida de París y de Londres, y nadie parecía acordarse de que caballos y jinetes hubieran existido nunca en el mundo.

Lo único que asombró a *Trotapoco* fué la manera de comer del señor inglés, o, para ser más exactos, la manera de no comer, porque cada vez que la tía Juana le presentaba la fuente con una vianda succulenta, de la que se desprendía un perfume apetitoso, John hacía una seña negativa con la mano:

—¡Ah! No, señora. ¡No puedo!...

Y continuaba charlando sin dignarse siquiera mirar a la sabrosa pitanza... De todo el almuerzo no aceptó más que dos huevos a la crema con una cortecita de pan tostado, y al final, no más que por condescender, probó también de un pastel con uvas que la tía Juana había preparado para él.

No bebió más que agua fresca, apenas teñida con dos gotas de vino excelentísimo del Piamonte. Fumó tres o cuatro cigarrillos y ofreció a los demás, haciendo circular entre los comensales una magnífica pitillera de oro con un grueso brillante en el cierre. Luego, cuando se levantó de la mesa, dijo que había comido más de lo necesario y que se sentía un poco pesado.

—Pero la compañía — añadió sonriendo — es muy agradable, y por gente tan simpática suelen hacerse cosas excepcionales.

En aquel momento estuvo *Trotapoco* a punto de perder la cabeza. El hombre que tenía delante, su manera de comer, su figura, que le distinguía de todos; la deferencia que le demostraban los huéspedes, eran cosas tan interesantes que *Trotapoco* se decidió a hablar.

Fuése al encuentro de John; pero cuando estuvo junto al hombrecillo seco y amarillento, no encontró palabras que dirigirle y se limitó a decir:

—¿Y yo?...

John le cogió cariñosamente la nariz entre el índice y el medio de su mano derecha.

—¿Tú?—contestó—. ¿Qué significa eso?

—Yo también quiero montar a caballo—declamó *Trotapoco*—. Me gustaría mucho montar a caballo.

John se inclinó un poco para mirarlo atentamente; luego volvióse hacia los otros que presenciaban la escena, más bien escandalizados que sorprendidos por la audacia del chiquillo, y preguntó:

—¿Cuántos años tiene este mocito tan gracioso?

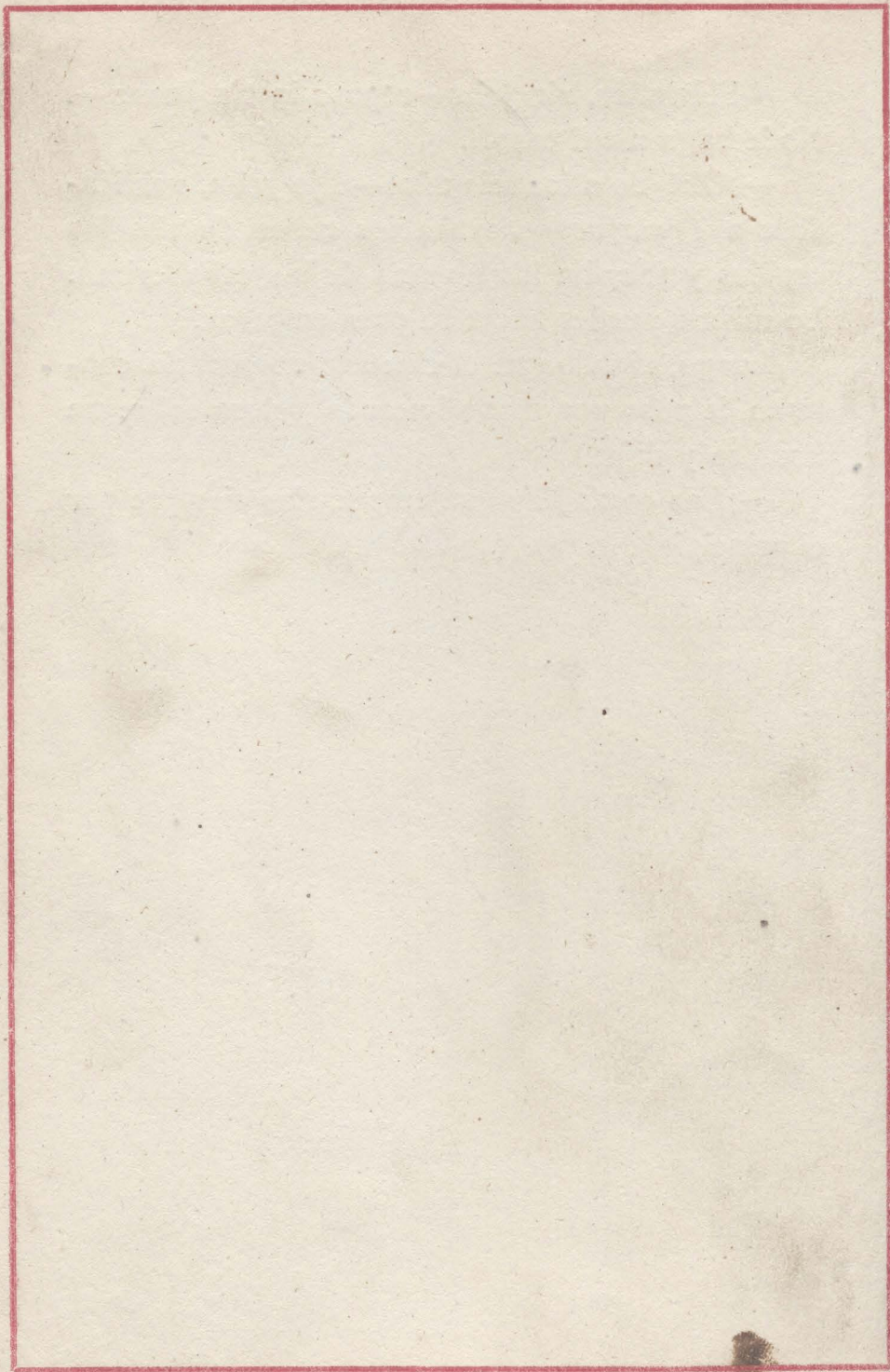
—Seis años, sir John—repuso la tía Juana—. No le haga usted caso...

—¡Oh! Yo a los seis años—dijo John, volviéndose a *Trotapoco*—llevaba los cubos, lavaba los cepillos y sacudía las mantas de las caballerizas. Lo mismo puedes hacer tú para empezar.

Luego, viendo que el chicuelo no parecía contento, le puso una mano huesuda y dura sobre un hombro y dijo:

—¡Las cosas hay que empezarlas siempre por el principio!

y no por el fin



V

CONSIDERACIONES

ENTONCES, el señor Leopoldo, para explicar a John Trusdey la idea del muchacho, que podía parecer extraña, le refirió la aventura del caballo castaño, describiéndole la voltereta que había dado *Trotapoco*.

—Pero no lloraba—añadió—. Le mandé que no llorase y se quedó con su cardenal en la frente sin llorar.

—¡Oh! Muy bien—dijo John Trusdey.

—Yo creo que le gustan los caballos—observó el tío Antonio—y que no les tiene miedo.

—¡Oh! Muy bien—dijo John Trusdey—. En este chicuelo tienen ustedes todo un porvenir... ¿No ha visto nunca las caballerizas? Hay que llevarle un día a que las vea. ¿No ha visto nunca las

carreras? Habrá que llevarle a ver las carreras... ¡Tiene que ver muchas cosas todavía en la vida! Es realmente feliz y no sabe. Nosotros somos desgraciados, porque ya hemos visto todas las cosas de la vida.

John Trusdey se complacía en fingirse un poco filósofo y otro poco pesimista, por elegancia. Las mujeres que le rodeaban, que no habían visto todas las cosas de la vida y que deseaban verlas, creyeron ser desgraciadas, como decía John Trusdey.

Pero el tío Antonio interrumpió, de pronto:

—¡Oh, no, señor John! Nosotros no lo hemos visto todo aún. Yo, por ejemplo, no he estado nunca en Roma, ni en otras mil ciudades, y cuando pueda ir, seguramente me gustará muchísimo. También mi mujer y mi cuñada tienen que ver todavía los teatros, y las tiendas elegantes, y las calles hermosas, y todo lo que constituye una gran capital. También ellas, cuando puedan ir a Roma, se considerarán felices.

—¡Ah! Muy bien—dijo John Trusdey—. Todavía tienen ustedes abierta una cuenta corriente con la felicidad. Yo ya he agotado mi saldo... Todo visto, todo probado, todo sabido...

Rió con fuerza, encendió un cigarrillo y, de improviso, adoptando un acento de sinceridad, concluyó:

—¡Soy infeliz, pero vivo muy bien, así y todo!

—Lo creo—observó el señor Pablo—. Gana usted lo que quiere...

—¡Eso es lo de menos, querido!—respondió John Trusdey—. El dinero no tiene importancia. Lo que se tiene, lo que se gasta; cuando no se tiene, se gana; cuando no se gana y no se tiene, se echa de menos...

—Además, ¡usted tiene tantas, tantas satisfacciones!—arriesgó la tía Juana.

—Eso sí; eso ya es otra cosa—exclamó John Trusdey—. La señora adivina, porque la señora tiene ambición... Sí; muchas satisfacciones, que valen mucho más que el dinero, muchísimo más...

Reflexionó un instante y luego añadió:

—Bien, señores, bien. Les quedo muy agradecido. Tengan la bondad de darme mi sombrero. ¿Viene usted conmigo, Pablo? ¿Y usted, Leopoldo?

Y salió, después de saludar a toda la familia, acompañado de Pablo y Leopoldo; pero cuando estuvo en el umbral, entró de nuevo bruscamente:

—¡Se me olvidaba!—dijo—. ¿Dónde está el niño? Tengo que despedirme de ese *Trotapoco*...

El muchacho, al oír que se hablaba de cosas importantes, de las que no entendía una palabra, había ido a refugiarse bajo la mesa y jugaba con

el gatito, que había entrado furtivamente en busca de los relieves de la comida. Apenas oyó su apodo, el chiquillo dió un salto y se plantó delante de John Trusdey.

—¡Oh! ¡Muy bien! —exclamó éste—. Hasta otro día, *Trotapoco*... Quiero llamarte alguna vez..., ¿cómo se dice esto?... ¡*Galopamucho*!

Tornó a reir, estrechó la mano breve del muchachuelo con tanta energía que *Trotapoco* vió en el cielo sereno todas las constelaciones, pero permaneció impasible.

—¡Llévenlo ustedes a las caballerizas!—continuó John Trusdey, mientras se alejaba—. Y que vea las carreras de caballos. Yo corro el lunes.

Se oyó su paso igual y acompasado resonar en el camino y alejarse entre los pasos, más recios, de Pablo y Leopoldo.

—¡Qué hombre!—dijo en tono admirativo el tío Antonio—. Es un hombre que gana de cincuenta a sesenta mil pesetas al año y que arriesga el pellejo, por lo menos, un par de veces a la semana en cada primavera. Y, sin embargo, ¡qué campechano, qué alegre!

—¡Es muy simpático!—convinieron todos los demás.

—¡Y qué bien habla!—observó la tía Clara—. Dice cosas profundas y difíciles.

—Sí; pero creo que sería preferible verle a caballo—respondió ingenuamente el tío Antonio—. A ver si un día nos decidimos y, cuando corran los colores del señor príncipe, vamos a verle.

—¡Yo también voy!—gritó *Trotapoco*, que de nuevo se había escondido debajo de la mesa, pero que escuchaba atentamente.

El tío Antonio sonrió.

—Me temo—dijo luego— que, tanto el señor Pablo como el señor Leopoldo, y hasta sir John Trusdey se equivoquen esta vez. Pensar que *Trotapoco* llegue a ser “jockey” y correr en las carreras dentro de diez o doce años, me parece muy arriesgado.

—¿Qué dices, tío?—interrumpió *Trotapoco* desde debajo de la mesa.

—Digo que tú no sabes lo que es la carrera de un “jockey”, ni los sacrificios y los peligros...

—¡Todo lo sé!—exclamó *Trotapoco*.

—Tú crees que todo se reduce a entrar en las caballerizas, montar a caballo y ponerte a galopar—continuó el tío Antonio—. Ya verás, ya verás lo que significa elegir ese camino. Sale uno de cada mil, y he dicho mucho...

—Yo, cuando pienso que el señor Trusdey gana sesenta mil pesetas al año—reflexionó tía Clara—y tiene que comer y que beber como un pobre

de la calle, se me figura que se podría vivir mucho mejor ganando mucho menos...

—Pero ¿y la gloria?—interrumpió tía Juana—. El comer y el beber no es todo en la vida. Se deben buscar también las satisfacciones morales, como ha dicho el señor Trusdey. El ha ganado las más famosas carreras, y eso debe ser muy divertido, porque pasaba el primero por delante de todos, en medio de los aplausos de la gente... En este mundo no se logra nada sin sacrificio y sin peligro.

Cuando hablaba tía Juana, tío Antonio callaba, porque la quería mucho, y, aunque no fuera de su opinión, nunca objetaba nada. Y cuando callaba el tío Antonio, que era como el jefe de la familia, callaban todos.

Pero *Trotapoco*, que todavía no conocía esta costumbre, se decidió a salir de su escondrijo, con el gato en brazos, y se dirigió al tío Antonio para hablarle.

Su aparición hizo reír.

—¡Cómo!—exclamó la tía Clara—. ¿Y es este el “jockey”, con el gato en brazos?

—Bueno—interrogó *Trotapoco*, sin mirar a su tía—. ¿Cuándo vamos a ver los caballos?

—¡Mañana, excelencia!—respondió el tío Antonio, burlonamente.

—¡No, no! ¡Excelencia se llama la señora! —
protestó *Trotapoco*.

—¿Qué señora?—preguntó su tío, extrañado.

—Esa señora rubia que he visto yo a caballo
con muchos señores, a caballo también, y el señor
Pablo la decía: “¡Excelencia! ¡Excelencia!”

Todos rieron.

—¡Aquella era la señora princesa, tonto!—explicó la tía Juana—. La mujer del príncipe, y se llama Fosca; la princesa Fosca de Santanna.

—Excelencia es un título—añadió el tío Antonio—, es un título de honor, que se da lo mismo a los hombres que a las señoras. No es un nombre de mujer.

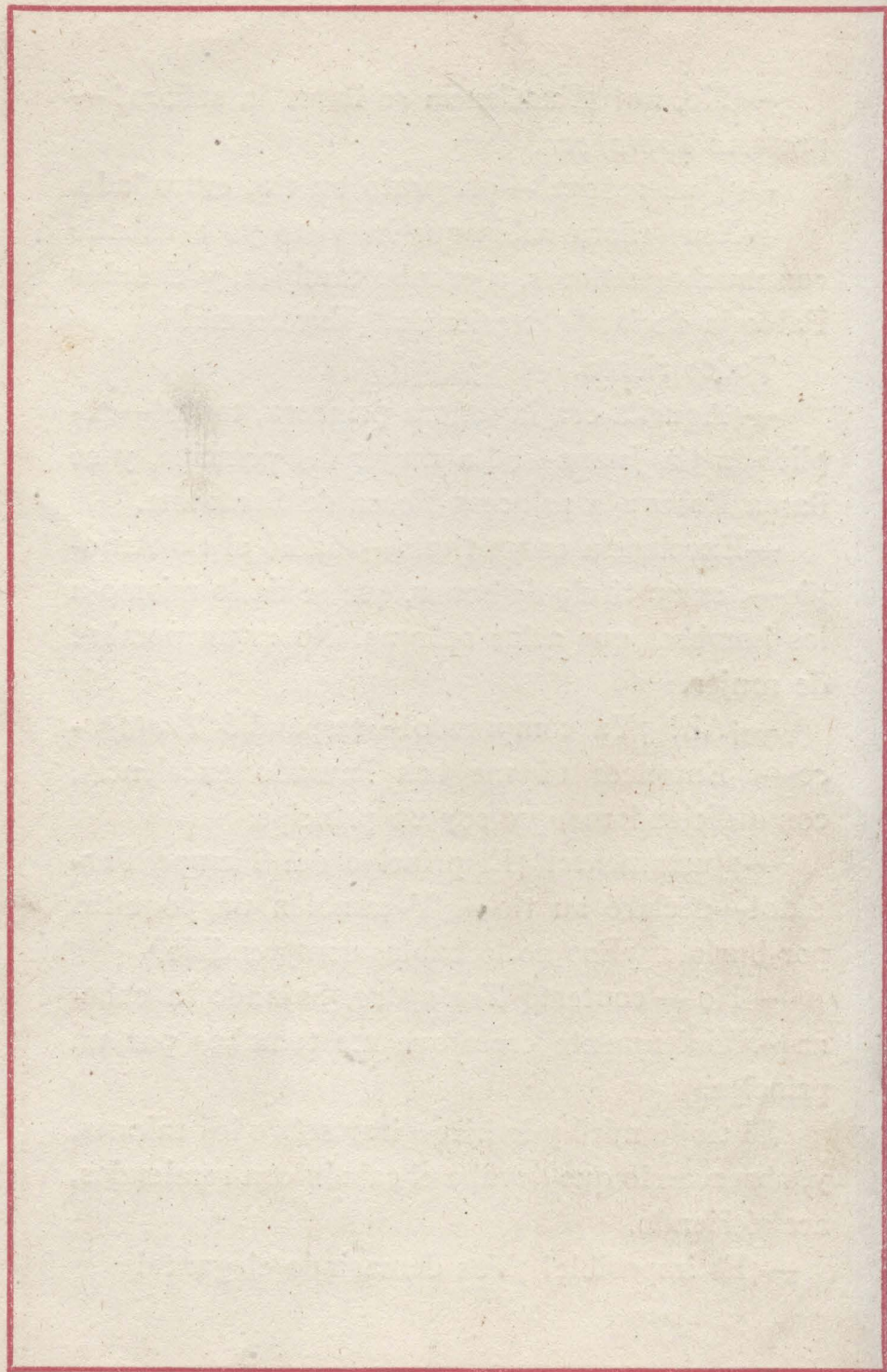
—¡Ah! ¡Ya comprendo!—respondió *Trotapoco*—. Entonces tú me has llamado excelencia, como diciéndome que soy un príncipe.

—¡Justamente! ¡El príncipe del Tiempo Perdido!—declaró su tío—. Y también un poquitín por burla... ¿Eso no lo habías comprendido?

—No — contestó *Trotapoco*, bajando la cabeza—. Unicamente creía que me tomabas por un príncipe.

El tío le miró y le hizo girar sobre los talones, y, observando que llevaba el calzón con remiendos, acabó riendo.

—¡Es imposible! ¡Vas demasiado elegante!



VI

UN MUNDO NUEVO

A dos kilómetros y medio de la venta de “Los Tres Castaños” surgen las caballerizas del príncipe de Santanna; y ocupan un vasto edificio de forma rectangular. Las fachadas, con anchas cenefas gris y rosa, se ven desde lejos entre el verde de los castaños de indias, que rodean todo el enorme caserón, formando en derredor un magnífico paseo sombreado. Saliendo por el portón grande de las caballerizas, en línea recta, se abre una amplísima extensión de terreno, que no tiene ni la más ligera brizna de hierba; frecuentemente cavada y siempre limpia, aquella explanada sirve lo mismo para el paseo de los caballos que para los grandes galopes de prueba, que se hacen por la mañana, muy temprano, durante la primavera. Un

paseo de forma elíptica, dibujado en aquel terreno, se llama la pista, y cuando se quieren ensayar los caballos para las carreras de obstáculos, se colocan en la pista las banquetas, las vallas y se disponen muros de distinta altura, que deben saltar los caballos.

Las cuadras, que albergan seis caballos de caza y doce de carreras, mantienen todo un mundo de "jockeys", mozos, palafreneros y ayudantes, que se ocupan en la limpieza de los locales y en el adiestramiento de las bestias, y el movimiento empieza casi al amanecer, cuando apenas se distingue el día, pero termina pronto, porque los hombres, que han trabajado rudamente el día entero, se retiran a descansar en cuanto cenan.

John Trusdey se halla a menudo entre toda aquella gente y monta los mejores caballos de carreras; el preparador, es decir, el que educa los caballos y atiende a cuantos cuidados necesitan, es el señor Héctor Malgrati, que se pasa casi la vida entera en las caballerizas.

Héctor Malgrati es un hombre enjuto, alto y anguloso; tiene espesos bigotes, habla poco y todo lo ve con sus ojuelos grises y penetrantes; es severísimo con todos, pero da buen ejemplo, y el endiablado hombre parece no cansarse nunca, y

como nunca necesita reposo ni siesta, todos le obedecen sin murmurar.

Tiene, como personas de confianza, a los dos palafreneros, Pablo y Leopoldo, aquellos dos señores de la levita roja que hemos visto detenerse una mañana a caballo ante la venta de "Los Tres Castaños" pidiendo de beber.

Uno de ellos, el señor Pablo, es hombre que toca ya los cincuenta, con el pelo cano y el bigote casi blanco, ancho de hombros y algo grueso. El otro, el señor Leopoldo, que cuenta tan sólo treinta años, es moreno, elástico, siempre dispuesto a montar y a recorrer kilómetros en cualquier comisión.

Tanto uno como otro acompañan en sus viajes a los caballos que corren en las más importantes ciudades de Italia, Francia e Inglaterra, en las que se adjudican importantes premios a los vencedores, desde abril a octubre, y también forman parte del acompañamiento del príncipe y del señor Malgrati cuando éstos viajan para comprar caballos de carrera o de caza.

El señor Malgrati lleva casi siempre un traje gris y, bajo el brazo, una fusta cortita; de cuando en cuando fuma una pipa inglesa, pero ello ha de ser cuando todo marcha bien y está de buen humor. Entonces ríe más con sus ojillos grises que



con la boca. Mas, por lo regular, permanece impassible y contesta a las preguntas de sus inferiores con monosílabos o con gestos. Tiene acostumbrada a la gente a un vocabulario mímico, del que los extraños nada comprenderían.

Una mañana estaba, como de costumbre, a la entrada del patio de las caballerizas; tenía la fusta bajo el brazo y la pipa en la boca, por la que, de tiempo en tiempo, arrojaba una gran humareda. Estaba, como habréis comprendido, de buen humor, y canturreaba a su modo, es decir, mascullando entre dientes una canción que nadie habría podido reconocer.

Y he aquí que ve acercarse a pasos menudos y mirar con ojos ingenuos y curiosos, ávidos e impacientes, a un muchachuelo que traía las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. El chiquillo se detuvo, vacilante; dirigió una mirada a aquel hombre seco y alto que fumaba, y luego le preguntó en tono confidencial:

—Usted perdone. ¿Se puede entrar?

—¡Oh! ¿Quién es este monigote? — exclama alegremente el señor Malgrati—. ¿Cómo te llamas? ¿Qué es lo que quieres?

El monigote, o sea el muchacho, no se dejó asustar por aquella acogida entre insolente y amistosa. Y respondió medio sonriendo:



—Me llamo *Trotapoco* y quiero montar a caballo.

El señor Malgrati lanzó una carcajada tan violenta que, por sostenerse los riñones, dejó caer la fusta; tanto reía que asomaban lágrimas a sus ojos. Y viendo pasar a lo lejos un hombre, le llamó:

—¡Eh! ¡Pablo, ven acá! Mira este monigote, que quiere montar a caballo...

Acudió el señor Pablo, que, al ver a *Trotapoco*, le hizo una caricia.

—¿Le conoces?—preguntó el señor Malgrati.

—Sí, señor —contestó Pablo—. Es el sobrino del ventero, y se apoda *Trotapoco*; pero es un valiente y muy listo.

Héctor Malgrati observó de nuevo al chiquillo de pies a cabeza, mientras Pablo recogía la fusta del suelo.

—¿De verdad quieres montar a caballo? Pero habrá que hacer un caballo a propósito para ti, que tenga unos doce centímetros de alto.

—Tiene una gran afición a los caballos—explicó Pablo—, y hasta le ha dicho al señor John que quiere ser “jockey”.

—Conoces tú a ese pícaro de John Trusdey?—exclamó Héctor Malgrati—. Entonces eres de la familia... ¡Puedes entrar!

El muchacho avanzó decidido.

—¿Me permite usted que le enseñe las caballerizas?—preguntó Pablo, respetuosamente.

—¡Sí, anda, anda a verlo todo, monigote!—dijo el señor Héctor, dando una palmadita en la espalda de *Trotapoco*—. Pero ese apodo no está bien para un corredor.

—Se lo cambiaremos—contestó Pablo riendo.

Trotapoco ya se había colocado a la diestra de Pablo y se dejaba conducir en plena felicidad.

—¿Quién es ese señor?—preguntó a Pablo.

—Ese señor—dijo Pablo—es el amo de la casa; manda más que el príncipe y trabaja como un asno. Hay que respetarle y obedecerle. Pero tú, ¿cómo has llegado hasta aquí?...

Trotapoco explicó: Había aprovechado el carro de un amigo de su casa, que tenía que ir cerca de las caballerizas, y había dejado al amigo en la posada para correr en busca del señor Pablo y del señor Leopoldo. Unos chicuelos del pueblo le habían indicado el camino, que, además, no le fué difícil de encontrar siguiendo el paseo de los castaños.

Después que hubiera visto todo volvería a buscar al amigo y, en su carro, tornaría a la venta.

Pero, de pronto, enmudeció *Trotapoco*. Se encontraba exactamente en el corazón de aquella vida que tanto le entusiasmaba y en torno a la

cual había alimentado tantas ilusiones y soñado tantos sueños.

Ya pasan los caballos: son cuatro, conducidos a mano por cuatro hombres; una manta a rayas de vivos colores los cubre completamente, y no se les ve más que las orejas y los ojos; parece que van disfrazados. Caracolean, pero, de cuando en cuando, dan un salto y echan los cascos al aire. Uno de ellos se lanza con tal ímpetu que seguramente habría arrancado a galope, saliéndose del patio y atravesando el campo, a no ser por el recio puño del hombre que lo sujeta. Instintivamente, al ver esta escena, *Trotapoco* aprieta la mano de Pablo, que sonrío.

Pasa también por el patio un caballo de carreras: vientre flaco, cuello recto, largas las patas y corta la cola. Lo monta un hombrecillo pequeño, que lleva tendidos los brazos para dejar a la boca del caballo toda su libertad.

—¡Ese es *Cíngulo*!—dice el señor Pablo, dirigiendo una mirada al caballo.

Cíngulo está tranquilo; se contenta con caracolear, es decir, con hacer un gracioso bailecillo sobre sus cuatro patas; pero bruscamente, sin motivo ninguno, da un bote tan grande que parece un vuelo que le llevase hacia lo alto sin tocar en tierra; luego, otro salto con la cabeza entre las ma-

nos, lanzando al alto las patas traseras; luego, se yergue, gira sobre sí mismo, relincha y repite los saltos, dos, tres, cuatro veces.

El hombre que lo monta permanece impassible, encogido, como pegado a la montura, sereno y atento, no se deja mover; parece de una sola pieza con el caballo, y los terribles saltos del animal no le separan una sola línea de su postura.

Trotapoco está asombrado. El espera ver cómo de un momento a otro ha de saltar el hombre de la silla, volando muy alto, para romperse la cabeza, y lo que ve es que el jinete continúa sobre aquel animal endemoniado como si estuviese tranquilamente sentado en una butaca.

—¿Qué te parece?—dice Pablo con acento admirativo—. Ese es Bob, el “jockey” más joven. Ahora verás cómo *Cíngulo* se convence.

En efecto; tras algunas tentativas de rebelión, el ágil caballo se calma; ha comprendido que lucha en vano contra el más fuerte, y, después de una curiosa corveta, sale del patio y se lanza a galope en la pista.

Trotapoco corre tras él.

—¿Dónde vas?—grita Pablo.

—¡Voy a ver! ¡Voy a ver!—responde el muchacho.

En un instante ha llegado a la pista y, para dis-

frutar mejor del espectáculo, se sienta en el suelo.

Por la pista galopan dos jinetes: uno es Bob, con *Cíngulo*; el otro viene de muy lejos, a todo correr; llega como un rayo ante el niño, le pasa y ya está otra vez lejos, sin que *Trotapoco* haya tenido tiempo más que para sentir el resoplido ardiente del caballo y para reconocer al jinete: John Trusdey.

También John Trusdey va inclinado, doblado, sobre el cuello del animal, tendidos los brazos, recogidas las piernas y con la fusta sesgada en el puño; dijérase que vuela; pedazos de tierra se escapan de los cuatro cascos del caballo; corta el aire; el mundo en torno suyo no existe... Si, por un accidente desgraciado, en aquella carrera violentísima, el caballo se detuviera o cayese, el jinete iría a romperse el cráneo cien metros más allá. Pero es evidente que no piensa en semejante cosa, porque en alma y cuerpo está atento a aumentar la velocidad del caballo, que pasa como un verdadero relámpago ante los ojos de *Trotapoco*.

Luego John Trusdey modera gradualmente la marcha y acaba su galope precisamente delante del chiquillo. Se apea con un movimiento rapidísimo y entrega el caballo a un hombre que echa una manta sobre el precioso animal y se dedica a

pasearlo, porque no puede conducirlo así, sudoroso y jadeante, a la cuadra.

John Trusdey enciende un formidable cigarro, descubre a *Trotapoco* y se echa a reír.

—¿Tú por aquí?—dice, apuntándole con la fusta en la nariz—. ¿Te sigue gustando montar a caballo?

Trotapoco no responde. Está asombrado, estupefacto, todavía con la boca abierta. Le maravillan dos cosas: ante todo, la tranquilidad de John Trusdey, que fuma tranquilamente su habano y ni siquiera parece recordar que acaba de arriesgar la piel, y que volverá a arriesgarla mañana; luego, aquel arte de cabalgar, hecho todo de elasticidad, de equilibrio, de agilidad, distinto por completo a la manera de montar de Pablo y de Leopoldo.

—Entonces, ¿ya no quieres montar a caballo?—continúa John Trusdey.

—Debe ser difícil, muy difícil—exclama, lanzando un suspiro, *Trotapoco*.

—Tú eres inteligente—observa John Trusdey.

Mientras hablan pasa, como una flecha, por la pista Bob con su *Cíngulo*; también éste vuela y está cerca y lejos en un abrir y cerrar de ojos, y el terreno retumba bajo los cuatro cascos herrados de *Cíngulo*, que parece embriagado por la carrera, por el aire y por el sol.

—¡Eres inteligente!—repite John Trusdey—. Realmente es difícil, y si creces tanto como el señor Malgrati no podrás aprender. Para montar los caballos de carreras hay que ser pequeño, flaco y seco...

Trotapoco ya no contesta nada. Se levanta del suelo y se va.

—¡Hasta otro día, señor John!—dice, quitándose la gorra—. Me vuelvo a casa.

—¡Hasta otro día!—responde John Trusdey, volviéndole la espalda.

Trotapoco regresa ligero al pueblo, encuentra a su amigo, montan en el cochecillo y así recorre el camino hasta su casa.

Va muy pensativo; lo que ha visto, lo que le ha dicho John Trusdey, le ha desanimado. El creía que todo era fácil y agradable en este mundo, y se da cuenta de que todo es áspero y difícil. Creía que se podía hacer pronto una carrera y comprende que una carrera cuesta esfuerzo, tiempo, abnegación y peligro.

Su natural buen sentido le advierte que así ocurre para todo, y que si, en vez de "jockey", quisiera ser pintor o literato o músico, el esfuerzo sería de orden distinto, pero de igual intensidad.

Y todo esto le desanima, porque es pequeño y todavía no sabe valorar sus propias fuerzas.

VII

Y PASA EL TIEMPO

DESPUES de aquella visita a las cuabras que tanto le habían sorprendido, por diversas razones, el pequeño *Trotapoco* reanudó su vida de siempre. Iba a la escuela y se portaba bastante bien. Sus maestros estaban contentos con él: tenía carácter dócil y reflexivo y aprendía con facilidad; no era el primero de su clase, pero tampoco era el último, y aprobaba en los exámenes todos los años.

No hablaba ya de caballos ni de cuabras, a pesar de que Leopoldo y Pablo pasaban con frecuencia por la venta y de que también John Trusdey iba algunas veces de tertulia.

Trotapoco recordaba que el tío Antonio era opuesto a aquella vocación suya; la tía Juana la defendía. John Trusdey tenía razón. Tía Juana,

ambiciosa y fantástica, pensaba que si *Trotapoco* llegase a ser "jockey" tendría no sólo mucho dinero, si que también muchas satisfacciones en la vida. En cambio, el tío Antonio, más escéptico y más práctico, no creía que *Trotapoco* pudiese triunfar y quería encaminar al muchacho hacia una profesión más segura; si hubiera tenido mucha disposición para el estudio habría podido hacerse abogado, y si no, escoger un oficio tranquilo. Acerca de este tema surgieron frecuentes discusiones entre tía Juana y tío Antonio. Mejor que discusiones debiéramos decir disgustos, para ser más exactos. El tío Antonio, que no se oponía nunca a lo que dijese la tía Juana, mostrábase, en cambio, duro e intratable cuando se hablaba del porvenir de *Trotapoco*; siempre quería tener razón; decía que, en fin de cuentas, él era quien mantenía al muchacho y quien podía disponer de su futura profesión, y que la tía Juana, con sus ambiciones desproporcionadas, fomentaba en el cerebro de *Trotapoco* las ideas más ridículas y más disparatadas.

Trotapoco permanecía callado, y cuando empezaban las disputas buscaba un pretexto cualquiera para marcharse, a fin de que el tío Antonio no pudiese descubrir cuáles eran sus pensamientos por miedo a que pudiera juzgarlos poco respetuosos para su autoridad.

Pero con tía Juana hablaba claro. ¡Sí, sí; quería ser “jockey”! Quería intentar aquel camino difícil y peligroso. Le gustaban los caballos; cuando encontraba alguien que iba hacia las caballerizas le acompañaba para ver de nuevo aquellos terribles galopes, aquellos formidables caballos, para respirar aquel aire impregnado de olor a heno.

—Ahora estudia—le decía tía Juana—. Después, ya veremos...

También John Trusdey recordaba que tío Antonio no toleraba siquiera la posibilidad de que el sobrinillo se hiciese “jockey”, y no hablaba ni de carreras, ni de caza, ni de caballos. John Trusdey era un hombre de mundo y sabía que si él hubiera insistido en animar a *Trotapoco* para que emprendiera aquel espinoso camino y luego *Trotapoco* no hubiese triunfado, la responsabilidad sería suya por entero. Por eso fumaba, observaba, y de *Trotapoco* y de su porvenir no decía palabra.

Así, lentamente, pasaron los meses y pasaron los años y *Trotapoco* acabó sus estudios elementales. Había cumplido ya diez años y era preciso decidir si continuaría estudiando o si se lanzaba al azar, intentando la carrera de “jockey”.

Tío Antonio había cambiado de manera de pensar: en vez de hacer de *Trotapoco* un abogado, un médico o un ingeniero, profesiones que exigen lar-

gos años de estudios en Institutos y Universidades y, por lo tanto, muchos gastos, quería hacerle tene-
dor de libros: estudios más cortos, menores gastos
y profesión igualmente respetable.

Pero precisamente durante las vacaciones, des-
pués del quinto año de elemental, John Trusdey in-
vitó a *Trotapoco* a ver las carreras. El muchacho
había alcanzado notas brillantísimas en sus exá-
menes y, como premio a su aplicación, accedió el
tío Antonio a que acompañase a John Trusdey a
Milán, donde aquellos días debía correr: tratábase
nada menos que de ganar un premio de 100.000
pesetas.

VIII

LAS CARRERAS

TROTAPOCO pasó de maravilla en maravilla y vivió un par de días como en un sueño continuo.

Nacido en la montaña, acostumbrado al cortijo, a los modestos usos del campo, a la sencillez de su casa, no tenía ni idea de lo que pudiera ser una gran ciudad. Y apenas llegado a Milán creyó hallarse en el país de las hadas.

El ruido de los tranvías, de los coches y de los automóviles, le ensordecía; pasaba por las calles con los ojos de par en par, y si le hubiera sido posible se habría parado delante de todas las tiendas, sin dejar una sola. Todo lo que estaba expuesto tras aquellos relucientes cristales le parecía efecto de un verdadero prodigio. ¡Qué hermosos vestidos

para las señoras, qué divinos juguetes, qué bonitos zapatos, qué libros vió en aquellas pocas horas! Se detenía también ante los escaparates de las tiendas de comestibles para mirar las latas de conserva, cajas de galletas y botellas; delante de los escaparates de los peluqueros para ver las distintas formas de pelucas; admiraba las carnes rojas y sangrante de vacas enteras colgadas en las carnicerías; parábase, asombrado, para ver cómo corrían los automóviles, cuyo rugido le parecía el ulular de una fiera en el bosque.

Ya estaba completamente ebrio de rumores, cuando John Trusdey le invitó a salir en automóvil y le condujo a San Siro. ¡Oh! Aquella carrera velocísima, que en las curvas de la calle le hacía perder el equilibrio, no la olvidaría nunca. El conductor, que llevaba el coche a toda marcha y que con un ligero movimiento de la mano sabía evitar los obstáculos, tomar las vueltas, acelerar o disminuir la velocidad, era realmente un mago, un hombre misterioso y portentoso... Casi, casi, si le hubieran preguntado en aquel momento, *Trotapoco* hubiese dicho que quería ser mecánico también él, para conducir automóviles y hacerlos volar por las calles. Si algún día le hubiera visto tía Juana mientras él guiaba el coche a una velocidad fantástica,

de seguro que se quedaría admirada de su sobrinillo.

Pero en esto, el automóvil se detuvo, John Trusdey saltó a tierra y con gesto rápido hizo bajar también a *Trotapoco*. Entraron en el recinto del peso. ¡Dios mío, cuántas señoras bellísimas, cuánto lujo! *Trotapoco* lanzó una mirada en derredor y vió las tribunas llenas de gente que, bajo los rayos del sol, parecían hormiguar. Los vestidos alegres, primaverales, de las mujeres, de colores vivísimos, se extienden como una inmensa bandera por todo el espacio de las tribunas, y de acá para allá se mueve por fuera una masa más animada, un verde claro, un rojo escarlata, un amarillo de oro: las sombrillas que las señoras han abierto para pasar en espera de las carreras. Al otro lado de la empalizada, interminable fila de automóviles y algunos coches con cuatro caballos, en lo alto de los cuales, caballeros, muchachas y niños que miran a todas partes con gemelos. Es un espectáculo para quedarse con la boca abierta. ¡Y qué animación entre la multitud, qué algarabía, qué movilidad de olas, como si el viento soplase empujando a toda aquella gente, ora de un lado, ora del otro!...

Pero el recinto del peso es todavía más bonito. Aquí se puede ver a las señoras más de cerca. Las hay morenas y rubias, jóvenes y viejas: ésta, ves-

tida toda de blanco; aquélla, toda de rojo, y una tercera, de amarillo violento que pone en sus carnes, en su cara, un reflejo dorado. Los hombres llevan el estuche de los gemelos en bandolera, los guantes blancos; están tan elegantes que nunca ha visto *Trotapoco* nada parecido. John Trusdey los conoce a todos; se ha alejado un instante y vuelve vestido de "jockey", con los colores del príncipe de Santanna: blusa carmesí, calzón blanco, bota negra y gorra del mismo tono que la blusa. Está soberbio; *Trotapoco* le mira atónito, sin pronunciar palabra.

John Trusdey lleva, como de costumbre, la fusta bajo el brazo y estrecha la mano de los señores que se acercan a saludarle. Está contento, un poco nervioso: un momento antes de montar siempre está nervioso; luego, cuando ya está a caballo y lo lanza, se olvida de todo y de todos y no recuerda más que una cosa: llegar a la meta y dejar a los demás a su espalda.

Se le acerca el señor Héctor Malgrati para hacerle algunas recomendaciones; el caballo del príncipe se llama *Fronda*; es joven, nervioso, colérico; puede vencer, puede llegar hasta el final de la carrera, pero también puede alborotarse y negarse desde el principio... Si al comienzo sale bien, a lo último puede incitarle a esfuerzo supremo con la

fusta; pero, ¡mucho cuidado con azotarle inopuntamente!

John Trusdey escucha pacientemente, y luego, cuando Héctor se aleja, se vuelve a *Trotapoco* y le dice guiñando un ojo:

—¡Cosas viejas! ¡Conozco el caballo mejor que él! A ti, ¿qué te parece? ¿Ganaré?

—¡Oh! ¡Sí, señor!—exclama *Trotapoco*, como escandalizado de que pueda dudarse de la victoria.

—¡Allá veremos!

En esto, llegan los jurados. Empieza el peso: se pesa John con la silla y la fusta. Ahora *Trotapoco* comprende por qué el “jockey” ha de comer poco, beber poco y llevar vida metódica; si pesa demasiado, ya no puede correr...

Acabado el peso, alguien pregunta a John quién es aquel chiquillo.

—¡Ah, el chiquillo!—dice John Trusdey—. ¡Es un pariente mío! Será mi sucesor. Haremos de él un “jockey” célebre...

Y se ríe, mirando a *Trotapoco*, que no acierta a discernir si se burla o si lo dice en serio.

Pero, de pronto, acaece algo nuevo: el recinto del peso se queda desierto repentinamente; señoras y señores se han ido, casi corriendo, a ocupar sus puestos. Ha llegado la hora embriagadora y te-

rrible: John Trusdey y los demás jinetes deben montar a caballo.

—Tú, colócate en cualquier rincón donde no estorbes y puedas ver—dice John bruscamente a *Trotapoco*.

Sus palabras silban más que de costumbre: hace muchos años que corre, hace muchos años que vence, y aun no ha conseguido dominar aquel instante de emoción y casi de espanto. Siempre, cuando llega el momento de poner el pie en el estribo, siempre se ha visto obligado a sufrir un relámpago de miedo y a reprimir la tentación de escapar, de no correr, de renunciar a la prueba tremenda. Por eso está pálido.

Trotapoco ha salido en busca de un sitio; lo encuentra en el callejón, entre dos tribunas; y allí se está quieto, con el corazón que le golpea dentro del pecho como si se le fuese a romper; permanece inmóvil, con los ojos clavados en la pista por donde desfilan los jinetes... Los caballos son preciosos, ágiles, nervudos, de mirar ardiente y dilatada nariz; los "jockeys" llevan blusa negra, blanca, verde o amarilla; algunos la llevan a rayas y otros atravesada por una banda. ¿Cuántos son? Tres, cuatro, diez, doce...

Trotapoco busca ávidamente con los ojos a John Trusdey y no consigue encontrarlo; los otros pa-

cido; ya va por allí lejos, por la curva; ya vuelve para terminar la segunda vuelta... La muchedumbre, embriagada, está de pie en su mayor parte; se oyen gritos de gente que anima, que llama al caballo favorito y quisiera empujarle con la palabra, ya que no puede de otro modo... John Trusdey va el segundo: ha tomado el puesto de aquel que llevaba la blusa verde; a la cabeza sigue el jinete de la blusa negra... Todos los demás van a considerable distancia de los dos primeros, entre los cuales la lucha se encarniza; se escucha el resoplido de los animales, se ven sus narices dilatadas, los ojos como ascuas, los músculos tensos, hinchados, trabajando en un supremo esfuerzo. Cuando pasa el pelotón, el suelo retumba y tiembla, como en un terremoto.

Es la tercera vuelta. La multitud está toda en pie: hombres, mujeres, niños no viven más que con los ojos. Aquel grupo de hombres y caballos arrastra consigo en su carrera vertiginosa una fortuna, cientos de miles de pesetas; y toda la muchedumbre vibra en un silencio pavoroso, como si nadie se atreviese a expresar una esperanza o a lanzar un grito de excitación. Luego, en un instante, la gritería irrumpe:

—¡Ya están, ya están, ya están aquí!

Llegan con la velocidad del rayo: primero con-

tinúa el jinete de la blusa negra; segundo viene John Trusdey, y su caballo casi toca con la cabeza la grupa del caballo que va delante; tercero, el hombre de la blusa verde; luego, siguen los otros, a los que nadie hace caso... Escapa un alarido gigantesco de millares de pechos y se oye como una lejana granizada: es una salva de aplausos.

Trotapoco observa con los labios lívidos por la emoción. ¿Qué sucede? John Trusdey ha levantado el brazo derecho y ha descargado sobre su caballo dos fustazos; el caballo ha hecho un milagro: se ha extendido como si fuera elástico, con dos, tres saltos; se ha puesto al nivel del jinete de la blusa negra; otro fustazo y ya está John Trusdey delante, el primero; ha dejado a su espalda al rival; pasan los dos hombres curvados y casi tendidos, como monos, en los caballos, y los caballos anhelantes, locos, furiosos, espantosos de ímpetu y de violencia.

¡John Trusdey ya no corre, vuela! Ya no es un hombre, es un bólico, una flecha que atraviesa el aire... No sólo ha pasado al competidor, sino que, a fuerza de impulsos, saltos y fustazos, lo ha dejado bastante detrás.

Suena la campana. Ha terminado la carrera. John Trusdey ha ganado el primer premio: la multitud prorrumpe en gritos y aplausos que se extien-

den por el aire como el bramido de un inmenso huracán.

El príncipe de Santanna, el señor Héctor Malgrati se precipitan hacia la pista. El príncipe estrecha la mano a John Trusdey; Héctor Malgrati lo abraza con tal fuerza que por poco no le tira del caballo.

John Trusdey sonríe, y dice:

—Alteza, ha sido dura la carrera.

Luego añade, volviéndose a Héctor Malgrati:

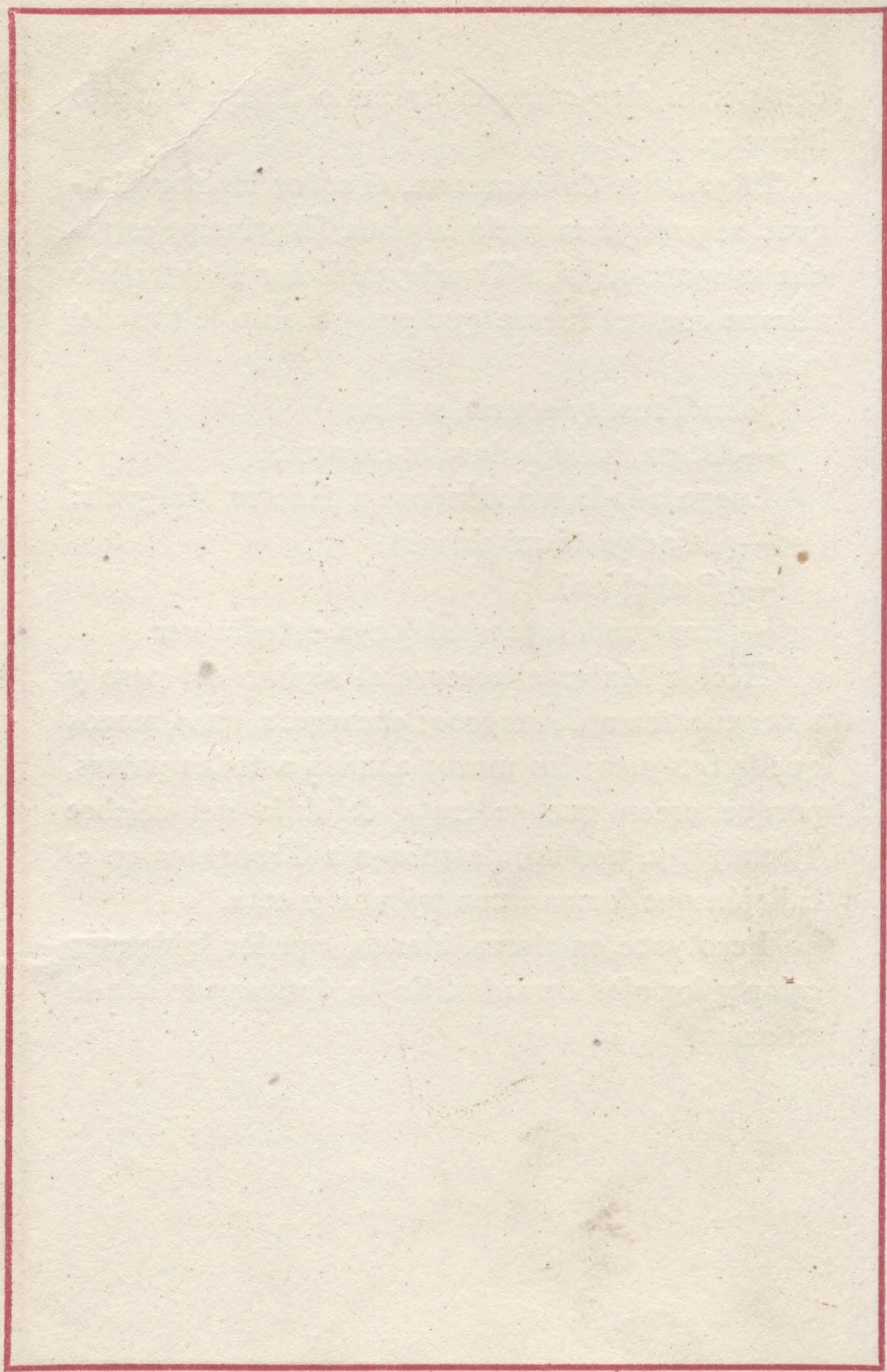
—¿Dónde está mi chico?

—¿Qué chico?

—¡Enrique *Trotapoco*! Vaya usted a ver.

Héctor Malgrati recorre el recinto del peso y no encuentra a *Trotapoco*; encarga a unos mozos que le busquen; los mozos acuden a todas partes, porque creen que se trata del hijo del célebre “jockey”, y, por fin, descubren a *Trotapoco* en el callejón que forman una tribuna y otra.

Pero yace en tierra, blanco, con los labios sin color y los ojos cerrados. Se ha desmayado con la emoción.



IX

LA SUERTE ESTA ECHADA

S EÑORA Juana—dice John Trusdey al llevar al siguiente día el muchacho a su tía—, tiene usted un sobrino demasiado..., ¿cómo se dice esto?... demasiado sensible. Se ha desmayado de alegría al verme llegar el primero... ¡Figúrese usted! ¡Qué debía hacer yo! Yo estaba completamente tranquilo... El caballo corría; tenía un buen puesto: el tercero; luego, el segundo, y, por fin, el primero. ¡Me parece que es bien sencillo!

Y John Trusdey ríe.

Pero *Trotapoco* le interrumpe:

—¡Ay, tía! ¡Si hubieras visto! ¡Qué cosa tan hermosa! Yo me reía y lloraba; luego, cuando comprendí que el señor John Trusdey había llegado el

primero, sentí mucho frío en la espalda y caí al suelo.

• Se hizo una pausa.

—Tía—continuó luego el muchacho—: yo, decididamente, quiero ser “jockey”. ¡Quiero ser como el señor John!

La tía Juana levantó los brazos hacia el cielo, que en aquel momento estaba representado por el techo.

—¿Qué hacemos, señor John? — exclamó —. Este chiquillo no piensa más que en los caballos y mi marido no quiere ni oír hablar de eso. Dice que *Trotapoco* debe continuar sus estudios y hacerse tenedor de libros. ¿Qué hacemos, señor John?

John Trusdey se encoge de hombros.

—Yo no puedo decir nada—responde—. Comprenda usted, señora Juana, que la cosa es muy seria, y que yo no puedo decir nada.

—¿Pero usted cree, señor John—insistió la tía Juana—, que *Trotapoco* puede servir para eso?

John Trusdey contempló al muchacho, chiquitín, flaco, desmedrado...

—Por el cuerpo, sí—responde—. No crecerá mucho; no creo que engorde; pesará poco.

Hizo una pausa, luego siguió:

—Pero eso no es todo... ¿Tiene la paciencia, la

energía y la sangre fría necesarias? Eso no puede saberlo nadie... Por eso no puedo decir nada...

Buscó con la mirada su gorra y la cogió de una silla; luego añadió:

—¡Piénsenlo ustedes bien!... ¡Hasta otro día!
Y salió.

Se quedaron tía Juana y *Trotapoco*, uno frente a otro, mirándose en silencio.

Tía Juana reflexionaba: ¿era justo oponerse a la vocación del sobrino, que no tenía afición ninguna a ser tenedor de libros? ¿Y si resultase un mal contable, que no sirviera para nada, sin amor al trabajo y sin capacidad para bastarse a sí mismo? La pasión por los caballos la tenía; y suponiendo que no fuese suficiente para llegar a ser un buen "jockey", siempre le serviría para algo; el muchacho aprendería a guiar, a montar, a domar caballos...

El caso era que seguía el práctico consejo de John Trusdey, que había dicho: "Piénsenlo ustedes bien." *Trotapoco*, a su vez, pensaba: "¿Cómo convencer a tío Antonio de que debía emprender la difícil profesión?"

Trotapoco jamás se hubiera atrevido a discutir y ni siquiera sabía exponer todo lo que sentía. Tío Antonio le habría cerrado la boca con dos o tres

voces, con la superioridad del hombre experto ante el niño ignaro.

Y *Trotapoco* miraba en derredor; pero, en vez de ver la gran estancia con la chimenea, la mesa en el centro y la puerta abierta, tras la cual se descubría el corral, las gallinas que picoteaban y el par de bueyes que pastaban al fondo, sus ojos veían caballos enardecidos y jinetes de blusas polícromas, nubes de polvo, bellos espumeantes y brazos en alto armados con la fusta.

Más tarde, rumiando uno de sus pensamientos, *Trotapoco* dió una vuelta por el cortijo, observando con ojos soñadores los lugares queridos: el árbol a cuya sombra jugaba; el huerto, cuyos frutales todos conocía; el camino polvoriento y blanco, por el cual pasaban a galope los caballos del príncipe.

¿Tendría *Trotapoco* valor para abandonar cosas y personas y lanzarse a lo desconocido en busca de un porvenir problemático? Era necesario decidirse, estar dispuesto, porque el tiempo corría. Tío Antonio estaba en el mercado donde permanecería el día entero; tía Juana y todos los demás se hallaban fuera, en sus faenas. Tan propicia ocasión no se volvería a presentar. Y repentinamente, casi impulsado por una fuerza ciega, que le hacía temblar, *Trotapoco* volvió a la casa y con loco apresuramiento hizo un lío de todas sus ropas.

—¡Perico: yo también tengo que ir allá para llevar esta ropa!...

Perico detuvo su caballo y dijo, volviéndose:

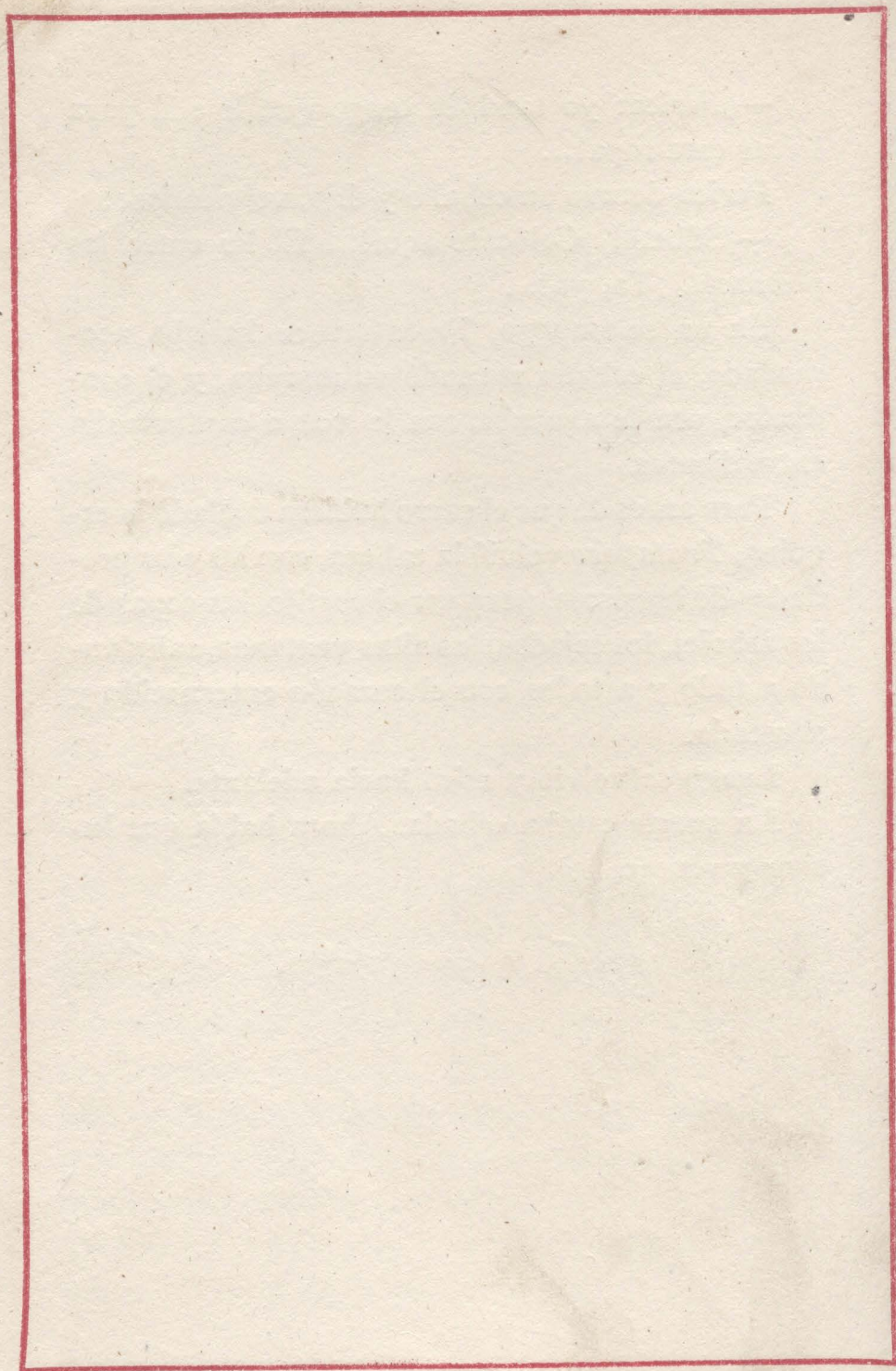
—¡Súbete! ¡Colócate aquí!... El lío entre las piernas... ¡Ya, ya!...

En un relámpago, *Trotapoco* se hallaba acomodado, el caballo reanudó su marcha, y el conductor, ora le azuzaba con la voz o canturreaba entre dientes.

Pero antes de que el carro hubiera doblado la esquina, *Trotapoco* volvió la cabeza, con los ojos preñados de lágrimas, para ver el cortijo, las copas de los árboles, los tejados, las altas ventanas, saludando a todo y a todos con el corazón enternecido y asustado.

Luego se volvió y miró hacia adelante.

La suerte estaba echada. Ahora había que luchar y vencer.



X

ABANDONADO A SI MISMO

TIA Juana pasó aquel día uno de los peores, mejor dicho, el peor momento de su vida.

Al anochecer volvió el tío Antonio, a la hora de cenar, y después de hablar con su mujer, con su cuñada y con sus hermanas, preguntó por *Trotapoco*.

—Pues...—dijo tía Juana, con voz insegura— todo el día estamos buscándolo, y no hay manera de encontrarle...

El tío Antonio ya estaba sentado ante la mesa y, al oír aquellas palabras, se puso en pie de un salto.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿Y no me has dicho nada? ¿Estáis todos aquí, me dejáis hablar de cosas inútiles y no me advertís que *Trotapoco* ha

desaparecido? ¿Qué significa esto? ¿En qué mundo vivimos? ¿Es decir, que puede haberle sucedido algo al muchacho y nosotros nos sentamos alegremente a la mesa?

Nadie responde. Los hombres miran al techo y las mujeres inclinan la cabeza. De aquellas distintas actitudes, dedujo Antonio que los otros sabían.

—¡Vamos a ver!—insistió—. ¿Por qué no habláis? ¿Sabéis lo que sucede y me dejáis en la duda? ¿Qué modo de portarse es éste conmigo?

—¡Antonio!...—empezó a decir la tía Juana, tímidamente.

—¡Adelante, adelante! ¿Qué ha pasado? ¡Habla!

—Antonio: he de decirte..., tenemos que decirte... que *Trotapoco* ¡se ha escapado!

Tío Antonio dió un salto hacia su mujer, con los puños cerrados, como si quisiera pegarla; luego se contuvo.

—¿Qué se ha escapado?—repitió—. ¿Escapado?... Pero..., ¿no estaba bien con nosotros? ¿Qué le faltaba? ¿Se le ha hecho algo malo? Desde que entró en mi casa, ¿no se le han prodigado caricias y consejos?

—Es verdad, tienes razón—objetó Juana—. Tú has sido su bienhechor; pero querías que se de-

dicase a una profesión por la que no sentía la menor simpatía...

—¡Y por eso se ha escapado!—interrumpe Antonio—. Es un bribón ese chiquillo; un verdadero canalla...

Hízose un profundo silencio; nadie se atrevía a decir una palabra en defensa de *Trotapoco*, temerosos de que, dado el carácter de Antonio y la actitud de éste, se irritase más todavía.

—¿Y sabéis dónde se ha refugiado?—preguntó Antonio de improviso.

Ninguno respiró.

—¿Lo sabéis o no lo sabéis?—insistió Antonio.

—En realidad—balbuceó Juana—, de seguro... no sabemos nada; pero suponemos..., nos figuramos..., teniendo en cuenta sus aficiones..., que se haya dirigido a las caballerizas...

—¡Ah!... ¡Muy bien...; perfectamente!—exclamó Antonio, descargando un terrible puñetazo sobre la mesa.

Pero calló de repente. Se había oído llamar a la puerta y la tía Bice acudió a abrir. Apareció en el umbral el señor Pablo, quien, después de saludar a todos los presentes y de sentarse en la silla que la tía Bice le había ofrecido, se volvió hacia Antonio, y comenzó:

—Acaso lo sepa usted ya... Hoy se ha presen-

tado a nosotros el pequeño: me refiero a Enrique, el *Trotapoco*, su sobrino, quiero decir. Ha llegado con el lío de su ropa y ha pedido que se le tome para el servicio de las caballerizas... Nosotros no teníamos el menor inconveniente; al contrario: en estos días estábamos buscando un chiquillo de sus condiciones. *Trotapoco* es activo, inteligente, muy aficionado a los caballos, y nos puede ser muy útil.

El señor Pablo hizo una pausa, dirigió una mirada en derredor y observó que las mujeres miraban al suelo y los hombres al techo; únicamente Antonio le escuchaba atentamente.

El señor Pablo continuó:

—Pero no podemos admitirle sin el consentimiento de ustedes. El muchacho no tiene más que diez años y no puede disponer de su voluntad. Si usted consiente, le proporcionaremos trabajo; si le niega el permiso, lo traeremos mañana temprano, y no se habla más del asunto.

Entonces, tío Antonio dijo gravemente:

—Yo me he opuesto siempre al proyecto de enviar a *Trotapoco* a las caballerizas, contra los deseos de mi mujer.

Tía Juana se puso encendida.

—Pero—continuó Antonio—si el chico hubiese hablado, si hubiese tratado honestamente, como es debido, como yo le he enseñado; si hubiese tratado,

digo, de convencerme, acaso me hubiera dejado persuadir... Pero eso de escaparse de casa, de la noche a la mañana, sin decir palabra, llevándose toda su ropa..., la verdad, en tales circunstancias, a mí no me queda, señor Pablo, otro recurso que hacer esto...

E hizo ademán de lavarse las manos repetidas veces.

—Nada más. Por eso digo a usted: ¡Admítanlo! Admítanlo, porque yo ya no lo quiero en mi casa, y no ha de pasar por esa puerta. Yo soy muy indulgente con los niños; comprendo y disculpo todos sus defectos; pero no puedo, en absoluto, perdonar la ingratitud... No; esa es una falta horrible que pone a los hombres en nivel inferior al de los animales... Y *Trotapoco* es un ingrato... ¡Yo no quiero volver a verle!...

—Vamos, Antonio—interrumpió el señor Pablo—, no hay que exagerar. Se trata de un muchacho de diez años, que no tiene discernimiento.

—No se trata de discernimiento—atajó Antonio—; se trata de sentimiento, se trata de corazón. Dejarnos así, sin una palabra, sin una disculpa, es una mala acción, que nunca hubiera yo esperado de *Trotapoco*, porque de todos nosotros no ha recibido nunca más que ejemplos de honradez y de delicadeza. Es un ingrato y no quiero verle más.

—Entonces... ¿no se opone ninguno de ustedes?—interrogó el señor Pablo, mirando en torno suyo.

—¡Ninguno! — declaró Antonio solemnemente—. ¡Ninguno!

El señor Pablo se levantó.

—Estamos de acuerdo—dijo—. Buenas noches a todos.

—Buenas noches, señor Pablo. Y que le veamos pronto por aquí.

—Espero traerles a *Trotapoco*, dentro de algunos años, ¡rico y célebre!—añadió el señor Pablo.

—¡Eso no me importa! — respondió Antonio bruscamente.

Tía Juana acompañó al señor Pablo hasta fuera de la casa y, cuando ya se iba, le estrechó la mano y le dijo en voz baja:

—¡Cuide de mi pequeño! Dígale que iré a verle en cuanto pueda. Y que sea bueno, ¡por el amor de Dios! Que se trata de vencer o de morir.

El señor Pablo sonrió.

—No lo dude usted — respondió —. Vencer o morir.

Y desapareció rápidamente en la oscuridad del campo.

XI

SE DESVANECEN LOS SUEÑOS

NO se destinó a *Trotapoco* una hermosa habitación orientada a mediodía, pero le destinaron un puesto en una cámara larga y estrecha, en la que dormían otros tres muchachos. Cada uno tenía un catre, y encima del catre una tabla, sostenida por dos escarpías, sobre la cual debía colocar sus ropas.

Diéronle también un traje de lienzo para las horas de trabajo y otro de paño para los ratos de paseo y descanso; en el cuello de la blusa y en la parte delantera de la gorra se hallaban enlazadas las iniciales y la corona del príncipe.

Hasta aquí todo iba bastante bien; no había más fastidio que el de dormir en compañía de los otros chiquillos; uno de ellos, Esteban Torcioli,

no y gordinflón, roncaba con estrépito y despertaba a *Trotapoco*.

El suponía que llegaría a acostumbrarse. En cambio, no se hubiera acostumbrado nunca a la comida, y no porque fuese mala, sino porque tía Juana había educado a *Trotapoco* con tanta delicadeza—dulce los domingos, café, bizcochos, la sabrosa salchicha, la olorosa menestra—, que sus gustos se habían hecho difíciles y todo se le antojaba insípido, mal cocido, mal preparado.

Le enseñaron a arreglarse la cama, a barrer la alcoba, a coser botones y a zurcir algunas cosas; luego le llevaron a las cuadras.

¡Cuántos caballos! Ya no estaban sus viejos amigos, aquel tordo y aquel castaño del lucero en la frente, que Pablo y Leopoldo cabalgaban el día en que *Trotapoco* los había visto por vez primera. Pero había otros parecidos entre los de caza y muchos más en el apartado de caballos de carreras.

Las cuadras eran elegantísimas: hasta la altura de un hombre las paredes estaban recubiertas con azulejos de cerámica y también con azulejos estaba pavimentado el suelo, un poco inclinado. Cada caballo ocupaba su departamento espacioso, en el que estaba libre, sin más que la cabezada.

Y cuando entró *Trotapoco*, todas aquellas cabezas se volvieron, todos aquellos ojos le miraron,

todas aquellas orejas se irguieron como para reconocerle o para escuchar su voz.

El encargado de los caballos de carreras era un hombre gordo, de rostro muy encarnado; le llamaban *Tranca*, y no pronunciaba cien palabras en un año. El daba de comer y de beber a los caballos, siguiendo las prescripciones del preparador, y, consciente de su responsabilidad, cumplía las órdenes con tal diligencia que podía parecer pedantería; no daba avena o heno sin antes haberlo pesado, para que las raciones no tuviesen un gramo de más ni un gramo de menos que lo mandado.

Al frente de los caballos de caza había otro hombre que era exactamente lo contrario de *Tranca*. Si éste era gordo, el otro, al que llamaban *Látigo*, era flaco; si *Tranca* era taciturno, el otro era locuaz; si *Tranca* era serio y escrupuloso, *Látigo* era alegre y atrevido. Ambos llevaban veinte años al servicio del príncipe y con procedimientos perfectamente opuestos lograban cumplir admirablemente su modesto pero delicado oficio.

A *Trotapoco* lo destinaron con *Látigo*; primero los caballos de caza; luego, si la prueba daba buen resultado, pasaría a los caballos de carreras, algunos de los cuales valían más de cien mil pesetas.



Látigo le enseñó a cuidar los caballos; esto es: a limpiarlos con un cepillo, a restregarles bien para quitarles el polvo, a refrescarles el hocico con una esponja húmeda, a lavar los cascos, quitándoles la tierra y el barro. Y cuando le pareció que *Trotapoco* estaba al corriente, le confió un castaño. Con los castaños no tenía suerte. Hay que recordar que años antes uno de este pelo había lanzado al aire al pobre *Trotapoco*.

Y el castaño que *Látigo* había entregado a los cuidados de *Trotapoco* no era mucho mejor que aquél.

Una mañana, a eso de las seis, cuando las últimas estrellas palidecen en el cielo, aparece *Trotapoco* en el patio con su esportilla al brazo; dentro de la espuerta lleva el estropajo, el cepillo, la almohaza, la esponja y los hierros para los cascos.

—Coge a *Bricco* y arrégalo—le dice *Latigo*, con autoridad—. ¡Con mucho cuidado!

No es preciso recomendarle a *Trotapoco* que tenga cuidado; conoce al caballo, uno de los peores, acaso el peor entre todos los de caza.

Se dirige al pesebre de *Bricco*, y grita:

—¡Pasa!

Al oír esta palabra, todos los caballos se apartan instintivamente hacia un lado; también *Bricco*

obedece, pero tira un par de coces, acaso para ser original.

Trotapoco, con la cabezada en la mano, se acerca y *Bricco* le mira con las orejas gachas y con todos los dientes descubiertos, como si se dispusiera a morder. *Trotapoco*, ágil, le da un golpe en el hocico y le pasa rápidamente la cabezada. Pero *Bricco* le empuja hacia la pared, le estrecha y procura aplastarle, y *Trotapoco*, que es ágil como una anguila, se escurre velozmente y saca a *Bricco* del pesebre, de la cuadra, hasta el patio.

Una vez allí, el caballo se encabrita; ha comprendido que es la hora de la limpieza, y eso le molesta. Se yergue sobre las patas traseras y consigue levantar a *Trotapoco*, que está agarrado a los ramales. Luego, *Bricco* se apoya en las manos y sacude unos cuantos pares de coces que cortan el aire como relámpagos. Por fin, se deja conducir junto a la pared, pero cuando *Trotapoco* procura atarlo a una de las anillas, *Bricco* se defiende con un brinco y con un mordisco, que no hace presa.

Trotapoco está pálido; no de miedo, sino de rabia, y si el caballo fuera suyo, le azotaría con la fusta hasta romperse la mano; pero está prohibido a los muchachos que castiguen a los animales, de manera que tiene que contenerse y procurar convencerle.

Cuando siente que la almohaza pasa por sus riñones, *Bricco* se revuelve y relincha.

—¡Ligero!—le grita *Látigo* a *Trotapoco*.

Se puede tener la mano más ligera del mundo, pero *Bricco* no tolera ninguna, no quiere ninguna. La almohaza le pone frenético; apercibe los dientes e intenta acorralar a *Trotapoco* contra la pared. Es una lucha sorda, enconada, una esgrima incesante entre hombre y caballo, en la cual los dos compiten en destreza y en astucia.

Látigo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, contempla la escena, da un consejo de cuando en cuando, coge la almohaza, el cepillo o la esponja.

Junto a *Trotapoco*, otros muchachos limpian otros caballos, pero todos son más dóciles que *Bricco*, y los muchachos no corren el menor peligro porque sus animales los conocen.

Por último, *Látigo* manda que limpie los cascos.

Trotapoco se inclina, pero *Látigo* le advierte:

—¡Estáte quieto! ¡Si le coges una pata, te deshace el cráneo! Los cascos de *Bricco* no los puede limpiar nadie más que el herrador.

Y así *Trotapoco* acaba antes que sus compañeros, pero piensa que si le viera su tía Juana, llora-

ría a lágrima viva por miedo a aquel *Bricco* traidor, a aquella mala bestia.

En el momento de conducirlo de nuevo a la cuadra, vuelve a empinarse. Está contento porque ha terminado la limpieza y nadie tiene ya que molestarle; por eso se yergue sobre las patas, pone la cabeza entre las manos, levanta la grupa, trota y galopa por el patio recorriéndolo todo, y *Trotapoco*, duro e inflexible, permanece agarrado a los ramales y se deja llevar... Unicamente al cabo de cuatro o cinco vueltas se calma *Bricco*, y *Trotapoco* puede conducirlo a su pesebre.

Esta comedia se repite por mañana y tarde, porque los caballos han de limpiarse dos veces al día. Es un trabajo extraordinario para *Trotapoco*.

El quisiera rogar a *Látigo* que le cambiase el caballo; quisiera hablar con John Trusdey o con el señor Leopoldo; pero el amor propio le cierra la boca. ¿No ha elegido él mismo aquel oficio? ¿No se escapó de su casa para hacer su gusto? ¿No es aficionado a los caballos? Y qué se figuraba, ¿que los caballos eran de cartón?

Está mudo. Además, el señor Leopoldo y John Trusdey no aparecen por ninguna parte; tienen otras cosas que hacer y no se ocupan de los caballos de caza... Queda el señor Malgrati, que lleva la dirección y la responsabilidad de las caballeri-

zas; el señor Leopoldo no es nadie a su lado, y John Trusdey, que se juega la vida hace una porción de años, y que también de pequeño cepillaba y lavaba caballos, se habría escandalizado si *Trotapoco* le confesase que tenía miedo de *Bricco*.

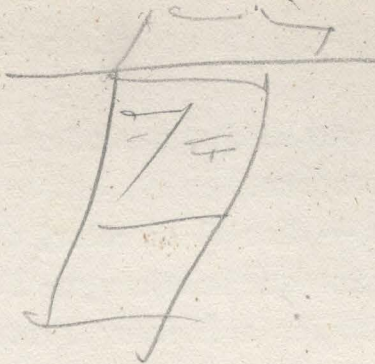
Por eso el muchacho permanece mudo; pero, con frecuencia llora de rabia y de fatiga. Desde por la mañana, a las seis, hasta por la tarde, a las ocho, no tiene un momento de descanso. *Látigo* les hace trabajar y moverse a todos como si fueran galeotes, y cuando suena la hora de acostarse, *Trotapoco* no puede sostenerse ya: le duelen las manos, le abrasan los ojos...

¡Ah! ¡Qué dulce y tranquilo era el cortijo de "Los Tres Castaños"! Y la tía Juana, que le preparaba el almuerzo con la succulenta salchicha y el dulce de los domingos, ¿dónde está? Y los demás, el tío Antonio y la tía Bice, el tío Ernesto, la tía Clara y el tío Arturo, ¿dónde están?

A *Trotapoco* se le figura que está abandonado de todos, solo, frente a su destino, y ni siquiera tiene la estéril satisfacción de poder quejarse, porque ese destino lo ha escogido él mismo, se lo ha formado con sus propias manos.

No le queda más que llorar y callar...

George Washington



XII

OTRAS PRUEBAS

UNA mañana entra en el patio el señor Héctor Malgrati; echa una ojeada en derredor, ve a *Trotapoco* cepillando *Bricco* y dice a *Látigo*:

—Pero ese muchacho tiene que montar a caballo. ¿No te lo han dicho?

—No, señor—responde *Látigo*.

—¡*Trotapoco*! —grita el señor Malgrati, con voz seca.

Trotapoco acude.

—¿Por qué no has advertido a *Látigo* que tenía que montar a caballo?—pregunta Malgrati.

Trotapoco calla y se rasca la cabeza. ¿El qué sabe? El hace lo que le mandan.

—¿Has cambiado de manera de pensar?—inte-

rroga Malgrati—. ¿Ya no quieres montar a caballo?

—¡No, señor! ¡Me gusta mucho!—responde rápidamente *Trotapoco*.

—Entonces — dice el director, dirigiéndose a *Látigo*—, mañana que se encargue Torcioli, por la mañana, de limpiar a *Bricco*; *Trotapoco* que se ponga a las órdenes de Pick, y únicamente por la tarde que limpie el caballo.

¡Pick!... ¿Quién será Pick? Es lo que se pregunta *Trotapoco*, que no ha oído nunca aquel nombre, y durante todo el día va mascullando esta pregunta y va repitiéndose: “que se ponga a las órdenes de Pick”.

Pero quien quiera que sea Pick, y se pongan las cosas como se pongan, lo cierto es que *Trotapoco* montará a caballo; es una suerte enorme, una felicidad indescriptible.

Al día siguiente, por la mañana, es Pick en persona quien se presenta, por orden del señor Malgrati, a hacerse cargo de *Trotapoco*.

El muchacho mira con asombro mal disimulado a su instructor, porque Pick se parece mucho más a un mono que a un hombre; su cara se asemeja a una pera arrugada, en la que se han hecho las hendiduras precisas que representan los ojos y la boca, y en la que se hubiera pegado algo que

representa la nariz. Pick es poco más alto que *Trotapoco*; lleva sobre la cabeza una gorra, calza bota de montar y, como John Trusdey, lleva la fusta bajo el brazo izquierdo. Habla italiano con marcado acento inglés.

Mira a *Trotapoco* y le dice:

—Vamos allá.

Trotapoco echa a andar. ¿Hacia dónde? No lo sabe, pero, de pronto, Pick le pone una mano en el hombro y le detiene:

—¡Aquí!...

Entran en una estancia espaciosa, en cuyo fondo hay un mostrador muy largo. Detrás del mostrador, un hombre de pelo rojo.

—¡A vestirse!—ordena Pick.

Trotapoco se despoja apresuradamente del traje de faena y se pone unos pantalones de paño; se prueba tres o cuatro pares y, por fin, encuentra los que le convienen; son unos calzones ajustados en la rodilla y mucho más anchos desde la rodilla para arriba; luego se pone las polainas; después, los zapatos, y se dispone a sujetarse las espuelas cuando Pick le detiene:

—¿Espuelas?—dice—. Todavía no.

A continuación añade:

—Adelante.

Trotapoco camina hacia adelante, hasta que

Pick vuelve a pararle ante un recinto cuyas puertas está cerrando un criado.

Es el picadero: un rectángulo; el suelo está formado por una densa capa de serrín y las paredes están cubiertas hasta la mitad por un zócalo de madera. Y, sujeto por otro fámulo, un caballo alazán aparejado con silla inglesa y filete, pasea tranquilamente.

—¡Alto!—grita Pick.

El fámulo y el caballo se detienen.

Pick empuja a *Trotapoco* ante el alazán y dice al chiquillo:

—¡A caballo!...

¡Dios de los dioses!... *Trotapoco* pierde la cabeza. ¿Cómo va a montar a caballo si no están puestos los estribos? Reflexiona un momento, luego se agarra a la crin con la mano izquierda, coloca la derecha apoyada en la grupa y, dando un salto de leopardo, se encarama.

Pero el alazán no está conforme y de un bote echa a tierra a *Trotapoco*; éntrale el serrín por la nariz y por la boca; se levanta irritado y mira a su alrededor. Pick permanece impasible; hace que vuelvan a colocar al alazán, y repite:

—¡A caballo!

Trotapoco se lanza de nuevo, y de nuevo el alazán le derriba.

en sudor y refunfuñando, no logra montar a caballo como quisiera. Entonces Pick hace que le den una fusta larga, con el pretexto de corregir al caballo, pero, en realidad, *Trotapoco* siente que le azota la tralla, que silba en sus oídos y algunas veces le da en las manos. Y recupera la elasticidad para saltar a caballo; pero está cubierto de serrín desde los pies a la cabeza, y el sudor, mezclándose con el polvo, le tiñe de negro la cara; un deshollinador está más limpio que él.

Cuando llega la hora, Pick hace que se apee *Trotapoco*, le enseña rápidamente cómo se llaman las distintas partes de la montura y cómo se ensilla un caballo, advirtiéndole que algunos tienen la picardía de contener la respiración para hinchar el vientre y que no les apriete la cincha.

—Bueno. ¡Hasta mañana!—termina.

Y se va, pisando con paso elástico sobre el serrín.

Trotapoco sale de aquella primera lección completamente dolorido; tanto le duelen las piernas que apenas puede andar, pero no se queja; tiene que atender a sus trabajos y ha de limpiar por la tarde al demonio de *Bricco*. Cuando llega la noche está a punto de dormirse en pie; se acuesta temprano, sin cenar, pensando que un buen sueño hará desaparecer los dolores de las piernas.

A la mañana siguiente, por el contrario, los dolores han aumentado; todos sus músculos parecen una cuerda tensa pronto a saltar. El muchacho no se da por vencido: hay que sobreponerse a la primera prueba: sabe que los dolores desaparecen con el ejercicio al cabo de pocos días.

A las seis ya está en el picadero, donde Pick le espera.

Esta vez el caballo es bayo, y con muda sorpresa de *Trotapoco*, Pick sonríe.

—¡Ah, ah! ¡Siempre cambiar! ¡Todos los días cambiar!

—¡Qué se ha de hacer!—piensa *Trotapoco*—. Es de suponer que no haya trescientos sesenta y cinco caballos y alguna vez volveremos a los conocidos.

La segunda lección va peor que la primera, porque los dolores de las piernas impiden al muchacho ceñir el sillín con las rodillas; pero Pick observa:

—Hoy malísimo. Esto ya sabemos. Daño en las piernas, ¿verdad? ¡Bueno! ¡Caer más! ¡Bien!

—¡Perfectamente!—se dice *Trotapoco* cada vez que masca el serrín.

Y el bayo es una mala bestia, que no quiere tolerar al chico en la silla, y en vez de tirarle por las orejas lo arroja por la grupa, empinándose. En

este momento llega un fustazo de Pick que alcanza al caballo y al caballero.

Trotapoco está aniquilado; se retira ~~cojeando~~ como el día anterior, con las manos y la cara negras, y piensa que a la tarde no podrá limpiar a *Bricco* porque no tendrá fuerza suficiente para defenderse. ¿Pedirá que le dispensen? ¿Se aguantará sin hablar?

Mientras atraviesa el patio y se dirige a la cuadra, llevando la espuerta de los utensilios, ve pasar a John Trusdey con un grueso habano en el ángulo derecho de los labios. John ve al chiquillo y le llama.

—¿Cómo va?—le pregunta—. ¿Montas ya a caballo?

Trotapoco está erguido, con la cabeza descubierta, delante del célebre “jockey”. Aunque nadie le hubiera dicho que John Trusdey es, en su género, una eminencia, el chico lo hubiera aprendido a su propia costa. Ya sabe lo que significa montar un caballo colérico y soportar la fatiga de un largo, penoso y oscuro aprendizaje; sabe lo que significan los días de faena, la limpieza de los caballos, los fustazos de Pick; todo lo que en otro tiempo y en otros sitios debe haber conocido. ¡Quién sabe cuantas veces también aquel hombrecillo seco, que

fuma tranquilamente un aromático cigarro, habrá llorado a escondidas!

Por eso, en vez de contestar, *Trotapoco* le mira con la boca abierta, medio atónito de admiración.

—¿Y qué?—repite John Trusdey—. ¿Cómo te va?

—Muy bien, señor John—responde *Trotapoco*.

—¿Te duelen las piernas? ¿Te duelen los ojos? ¿Has comido mucho serrín?

—Sí, señor—responde el muchacho.

—¡Todas esas pequeñeces pasan pronto!—dice John Trusdey—. ¿Es Pick tu maestro? Es muy buena persona; muy ~~valiente~~; sabe enseñar a sus discípulos. Si no tienes miedo serás un buen “jockey”. ¡Adiós, pequeño!

Trotapoco se queda inmóvil, con la gorra en la mano, mirando al hombre célebre que se aleja. Ya no siente dolores en las piernas, ni ardor en los ojos. La profecía de John Trusdey le ha infundido un nuevo vigor, una fuerza fresca y alegre. “Si no tienes miedo...”

Luego no se debe tener miedo...

Y *Trotapoco* se acerca a *Bricco*, le pone el bocado, lo saca fuera, lo cepilla vigorosamente... ¿Se figurará aquel caballo ~~estúpido~~ que puede darle miedo?

XIII

LOS ENEMIGOS

HABIAN transcurrido algunos meses desde que *Trotapoco* abandonó su casa y nadie hablaba una palabra de él en el cortijo de "Los Tres Castaños".

La tía Juana deseaba ardientemente ver a su pequeño, pero no le era posible; desde el cortijo hasta las caballerizas había más de dos kilómetros, y la buena mujer no podía alejarse sin que el tío Antonio lo advirtiese. Entretanto los meses pasaban y tía Juana no hallaba modo de abrazar a *Trotapoco*.

El la escribía con frecuencia y ella le contestaba como Dios la daba a entender, porque no tenía ni talento ni costumbre de escribir. Además, el señor Pablo y el señor Leopoldo, cuando pasaban a

caballo o iban a la venta a tomar un bocado entre sus buenos amigos, llevaban noticias a tía Juana. Y las noticias siempre eran buenas: *Trotapoco* trabaja, *Trotapoco* monta a caballo, *Trotapoco* no se queja.

Tía Juana se conmovía hasta saltársele las lágrimas y encargaba al señor Pablo y al señor Leopoldo que abrazasen, en su nombre y en el de todos, al pequeño, en el que ella veía un héroe.

En cuanto a Antonio, nunca preguntaba nada; realmente parecía como si diera por muerto a su sobrino, y con los amigos hablaba de la vida de las caballerizas sin referirse jamás a la existencia de *Trotapoco*. El chiquillo era un ingrato y su tío Antonio lo había expulsado definitivamente de su memoria y de su corazón.

El invierno aquel año fué muy riguroso: nevó abundantemente y muchos días señaló el termómetro varios grados bajo cero. *Trotapoco* no se desanimó.

¡Ah! ¡La hermosa estufa que roncaba en el cortijo de "Los Tres Castaños"! Se estaba en la cama hasta las ocho de la mañana, y cuando salía para ir a la escuela, tía Juana cuidaba de que no tomase frío, le levantaba el cuello del chaquetón, le ponía medias de lana gruesa y guantes y la gorra con orejeras. Luego, en la escuela también es-

taba caliente; y al volver de la escuela *Trotapoco* encontraba el almuerzo humeante, junto a la gran chimenea en la que crepitaban los troncos y se levantaba una gran llamarada.

Hermosos días que ahora se le antojaban fabulosos.

Ahora, a las seis, hiciera el tiempo que hiciese,



Trotapoco ya tenía que estar vestido y a caballo. Hacía tanto frío que a duras penas podía el muchacho sostener las riendas, y el aliento que salía de su boca, como el que escapaba por el hocico del caballo, formaba una densa nube de vapor.

Ya no se caía; los animales no se tomaban confianzas con él; pero Pick exigía verdaderas locuras: le hacía saltar la valla, alta, cada vez más alta, como para que se rompiera los huesos. El alazán no quería saltar y *Trotapoco* debía conven-

cerle, o por las buenas o con la fusta, aunque al jinete le molestase tanto como al caballo y tuviera poquísima gana de dar aquellos saltos enormes. Era una lucha incesante entre *Trotapoco* y el alazán, y cuando se prolongaba demasiado, intervenía Pick con uno de aquellos fustazos famosos que alcanzaban al hombre y al animal en un solo golpe. En cambio, el bayo quería saltar demasiado. Apenas el fámulo ponía uno de los extremos de la barrera en el lugar indicado para el salto y cuando aún sostenía el otro extremo entre las manos, el bayo se empinaba y con botes continuos, que parecían vuelos, llevaba a *Trotapoco* hasta el pie de la valla, donde volvía a empinarse. El juego era muy peligroso, porque un salto dado en tal forma no podía salir bien y además Pick quería que el caballo llegase tranquilo a la valla y no tomase carrera desde lejos.

Pero, al fin y al cabo, aquellos incidentes no molestaban mucho al chicuelo. Notaba que había progresado mucho en poco tiempo y esto le hacía feliz; ya no tenía miedo, ya no se llenaba de serrín las narices y la boca, ni caía con las piernas por el aire.

También Pick parecía contento con su discípulo, aunque en su rostro de pergamino era muy difícil leer ninguna impresión. Tenía otro medio de expresarse: la fusta.

Cuando *Trotapoco* se apeaba del caballo, después de un ejercicio fatigoso y arriesgado, Pick le decía:

—*All right!* ¡Muy bien!

Y a continuación soltaba un latigazo que si, por una parte, debía significar alabanza y aprobación, por otra parte, le azotaba desagradablemente la piel.

El caso es que, mientras todo parecía encauzado hacia un éxito feliz, *Trotapoco* pasaba graves disgustos por otras razones.

Seguía durmiendo en la misma habitación que los otros muchachos.

Pero no había logrado hacerse amigo de ellos; eran tres: Esteban Torcioli, el gordinflón rubio que roncaba sonoramente; Pilatos Camuzza, muy alto y muy flaco, y César Taveglia, con una nariz y una boca enormes sobre un rostro cuadrado y blanco.

Miraban con poca simpatía a *Trotapoco*. No tenían ninguna ambición; hacían la limpieza de los caballos, repartían el pienso, barrían las cuadras, trabajaban todo el día y se contentaban con comer bien y cobrar la paga.

Trotapoco les parecía un aristócrata, porque al principio no podía acostumbrarse al alimento de las caballerizas, y se burlaban de él cruelmente;

durante la limpieza de los caballos, si *Látigo* volvía un momento la espalda, Esteban Torcioli tiraba la almohaza a *Trotapoco* y luego iba a quejarse a *Látigo* de que *Trotapoco* se la había quitado.

Pero desde hacía algún tiempo la hostilidad de



los chiquillos se había hecho encarnizada, violenta, peligrosa, y fué a partir del día en que supieron que él montaba a caballo y quería ser "jockey"; a fomentar su odio había contribuído también, involuntariamente, *Látigo*, que no se cansaba de elogiar a *Trotapoco* por su docilidad y por el espíritu de disciplina con que cumplía las órdenes y acudía a sus obligaciones.

Y entre los tres formaron una conjura: decidieron no dejar dormir a *Trotapoco*.

Todas las noches encontraba su cama en desorden: una noche le cosían las sábanas de manera que no podía volverse; otras le esparcían estiércol, que producía al pobre *Trotapoco* un picor insoporrible; y en pleno invierno le empapaban la cama con agua fría... *Trotapoco* estaba desesperado. Cansado, abrumado por el trabajo, tenía necesidad de dormir y de reponerse con un buen sueño...

¿Qué hacer? ¿Darse de puñetazos con sus enemigos? Era pequeño, flaco y leve como una pluma; entre los tres le hubieran destrozado. Esteban Torcioli tenía las manos grandes con unos dedos que parecían garras; él solo se habría bastado para romper la cabeza de *Trotapoco* con un puño.

¿Qué hacer? ¿Denunciarlos a *Látigo*, a John Trusdey o al señor Malgrati?... Después de un castigo, se mostrarían más feroces y más prudentes en su venganza.

Habían hecho también un formidable desgarrón en el traje de paño que usaba *Trotapoco*, cuando montaba a caballo; le habían destrozado las polainas. Muchas veces, por la mañana, cuando a toda prisa tenía que vestirse para acudir al pica-dero, no encontraba los zapatos, su gorra había desaparecido...

Trotapoco se desesperaba sin encontrar manera de defenderse.

Aquellos tres ~~malvados~~ y envidiosos chiquillos



eran capaces de cualquier picardía con tal de agotar toda su buena voluntad, toda su paciencia, todo su valor.

Acabaron por hacerle algo peor. Una noche prendieron fuego al catre en que dormía *Trotapoco* con sueño profundo; habían pensado decir después, todos de acuerdo, que el chico tenía la costumbre de fumar y que por eso, en un descuido, se había quemado la cama; y para hacer más verosímil la calumnia, le colocaron cerca una punta de cigarro y unas cuantas cerillas gastadas.

Trotapoco despertó de improviso, ahogado por el humo; vió que ardían las sábanas y se lanzó al suelo de un salto.

Ya era demasiado; por lo visto intentaban matarle; ¿es que le odiaban hasta ese extremo?...

Apagó el fuego, luego se vistió en silencio y

apenas llegó la hora de levantarse, salió de la estancia, salió del patio y se marchó fuera, a la calle, al campo, a la ventura; él mismo no sabía dónde.

Estaba decidido: no pudiendo volver al cortijo, porque tío Antonio no le quería admitir, buscaría otro trabajo, otro medio de ganarse el pan: sabía montar a caballo, guiar, limpiar los animales; era valiente y fuerte; Dios le ayudaría.

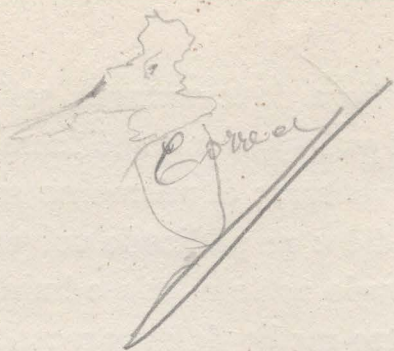
Y levantó la vista para mirar al cielo pálido, de color rojizo.

Pero el caso era que con ello se desvanecerían sus esperanzas; sus esfuerzos habrían sido inútiles. ¡Adiós, hermosos sueños! ¡Adiós, triunfos futuros! ¡Adiós, reconciliación con el tío Antonio!...

Trotapoco andaba y lloraba, pensando en sus miserias; caminaba con la cabeza baja, con las manos en los bolsillos, a lo largo de la avenida de castaños.

Y, de pronto, se ve obligado a detenerse.

Un hombre a caballo le cierra el paso.



XIV

EL ENCUENTRO

ES el señor Héctor Malgrati, que monta un magnífico caballo castaño y que se dirige a las caballerizas.

—¿A dónde vas?—pregunta bruscamente a *Trotapoco*.

El muchacho levanta la cabeza, ve al director, palidece, pero responde con energía:

—Me voy.

—¿Qué te vas?—exclama Malgrati con acento de asombro—. ¿Y a dónde?

—Me voy a buscar trabajo, a dedicarme a otro oficio.

Malgrati observa a *Trotapoco* en silencio, con miedo a que se haya vuelto loco. Sabe, por referencias de John Trusdey, de Pick y de *Látigo*, que

Trotapoco es muy trabajador y que tienen muchas esperanzas en su porvenir; y aunque él es altanero y rudo con el muchacho, como con todo el mundo, le quiere y está dispuesto a no abandonarle por nada del mundo.

—¡Adentro en seguida!—ordena brevemente.

—No, señor—responde *Trotapoco*.

Malgrati está pasmado. Nadie se atrevió jamás a rebelársele; nadie le ha contestado jamás de una manera tan clara y rotunda; “no, señor”. Sin pensarlo más, Malgrati se apea del caballo, y, sosteniendo las riendas liadas al brazo derecho, apunta con la fusta a la nariz de *Trotapoco*.

—Adentro en seguida, o te llevo yo a fustazos.

—No, señor—repite *Trotapoco*.

Malgrati levanta la mano, pero la deja caer sin pegar al muchacho.

—Vamos a ver—dice—. ¿Qué te han hecho?

—¡Nada!...

—¿Y quieres marcharte sin motivo, sin que te hayan hecho nada? — exclama indignado el señor Malgrati—. Algo tiene que haber ocurrido que sea fundamento de una resolución tan grave, a menos que te hayas vuelto loco...

Trotapoco permanece mudo y con la cabeza baja; nada hay en el mundo que irrite tanto a Héc-

tor, que agarra al chiquillo por un brazo y lo sacude violentamente.

—¿Quieres hablar o no quieres hablar, imbécil? ¡Si no hablas te hago correr a latigazos!... Y, ¿a dónde vas?

—¡No lo sé!—balbucea *Trotapoco*.

—¡Eso sí que es raro!—grita Héctor—. Sales de casa, echas a andar por el campo y no sabes a dónde... ¿Y quieres convencerme de que no ha sucedido nada? ¿Es que Pick no está contento contigo?

—¡Oh! ¡No, señor!—dice *Trotapoco* con acento sincero—. Está contento; por lo menos, eso creo yo.

—Entonces... ¿es que te ha pegado *Látigo*?

—¡Ni en sueños!—protesta el muchacho.

—¿Te ha ofrecido alguien un empleo mejor?

—¿Cree usted, señor Malgrati, que yo soy capaz de dejar a los que me están enseñando un oficio?

—Entonces..., ¿no es nada de eso?

—¡Nada!

Héctor está furioso; pone el pie en el estribo, vuelve a montar a caballo y se acerca al muchacho.

—¡Vuelve a casa, testarudo! ¡Vuelve al pica-dero o te rompo la cabeza!

Trotapoco no tiene ningún miedo al caballo, que por poco le tira y le pisa; está ya muy acos-

tumbrado a los caballos para temerlos; pero aquel hombre pálido, con los ojos relucientes de cólera y con el puño levantado, le da pena. A él se lo debe todo: Malgrati es el autor de su carrera; él es quien ha dado a Pick las órdenes para que le enseñe. ¿Es aquélla la manera de pagarle?

Trotapoco se apresura a volver; en vez de andar, corre, y Héctor le sigue a un paso de distancia con el caballo, que le roza la espalda con su hocico. Así entran, uno tras otro, en el patio; ven a Pick que mira a lo alto, como si su discípulo hubiera de caer del cielo.

—¡Aquí está!—le grita Héctor—. Ha salido a dar un paseíto al fresco.

—*All right!*—responde Pick—. ¡Vamos, muchacho travieso!

Trotapoco sigue a Pick, entra en el picadero y monta a caballo. Pero la idea de volver por la noche a su cuarto de dormir junto a aquellos tres malvados y envidiosos compañeros le pone carne de gallina. Prefiere dormir en el patio.

Entretanto, el señor Malgrati, a quien no aventaja nadie en ser testarudo, se ha empeñado en descubrir una cosa: el motivo de la fuga de *Trotapoco*.

Deambula por las cuadras, por las cocheras, por los almacenes, como olfateando el aire. Inte-

rroga a *Látigo*, pregunta a *Tranca*, habla con Pablo y con Leopoldo, y no consigue encontrar nada. Obstinado y tenaz, escudriña por todas partes, mira por todos los rincones y vuelve a preguntar. Nadie sabe nada; incluso los tres chiquillos, Torcioli, Camuzza y Taveglia, parecen tres santos arrancados de una vieja sacristía; responden francamente, pero tampoco saben nada.

Y el señor Héctor no se da por vencido. Se le ocurre entrar en el dormitorio y apenas asoma al umbral percibe un acre olor a tostado; se acerca al lecho de *Trotapoco* y ve la colcha, las sábanas, el colchón y las almohadas, arrugados, como si, para sofocar el fuego, alguien los hubiera pisoteado con denuesto.

No es difícil reconstruir la escena, pero es difícil reconstruir la causa de aquel conato de incendio.

El señor Héctor se sienta sobre el catre vecino, el de Torcioli, y medita. Una de dos: o el mismo *Trotapoco* ha prendido fuego a su cama y luego ha sentido tanto pánico que ha huído por el campo, o lo han quemado los otros, por mala intención o por envidia.

Héctor se inclina a esta segunda hipótesis; no es fácil creer que un muchacho se entretenga en prender fuego a su propio lecho, y menos un muchacho dócil e inteligente como *Trotapoco*. Pero

cuando ya está a punto de salir y llamar a aquellos tres bribones, ve en el suelo una colilla y un fósforo; los recoge, los mira atentamente y no parece todavía convencido.

—*Hum!*—dice para sí—. Con esta colilla no se puede quemar tanta ropa...

Se va con la cabeza baja, meditando; entra en el picadero, y, sin decir palabra, se pone al lado de Pick.

En aquel momento, *Trotapoco* está practicando uno de sus ejercicios: hace erguirse al caballo sobre las patas traseras cuanto es posible, casi hasta hacerle alcanzar la posición vertical; y bruscamente le deja caer sobre los cuatro remos; luego le obliga a levantar la grupa hasta conseguir la posición vertical en sentido inverso, esto es, con las manos en tierra y las patas posteriores en alto.

Es un juego al que no todos los caballos se prestan; pero el alazán que monta *Trotapoco* lo hace con admirable limpieza un par de veces, y luego, a una enérgica presión de las rodillas, se lanza al galope, describiendo tales saltos en el aire que parecen vuelos.

—¿Cómo vamos?—pregunta el señor Héctor en voz baja.

—¡Oh! ¡Muy bien! Muchacho *energetico*—responde Pick—, sin miedo.

—¡Alto!—ordena Héctor.

Trotapoco hace parar el caballo, y Héctor se le acerca.

—¿Tú fumas?—le pregunta.

—¿Yo, señor director?...

La voz franca, los ojos abiertos del muchacho demuestran tal sinceridad y tal sorpresa, que Héctor no insiste.

—Me había parecido—dice distraídamente—. Bueno, sigue.

Trotapoco pone el caballo a galope, preguntándose si el director estará malo de la cabeza, y el director le mira con satisfacción mal disimulada, tan pequeño, tan frágil, encaramado en el caballo, que parece llevarlo a su capricho, cuando es el animal el que obedece a los movimientos de su mano.

Héctor habla brevemente con Pick y luego sale.

Ha comprendido: el hecho ha sido meditado y ejecutado por aquellos tres bribones, Torcioli, Camuzza y Taveglia; pero avezado a la perversidad humana, no los castigará inmediatamente; creerían que *Trotapoco* los había denunciado y se vengarían de él, cuando él no había dicho una palabra, mostrándose excesivamente generoso. No faltará ocasión de castigarlos; recomienda a *Látigo* que les vigile estrechamente y que les castigue sin pie-

dad cualquier falta que cometan; y ellos están acostumbrados a cometerlas con frecuencia.

Cuando termina la lección, Pick cumple las órdenes que el director le ha dado en voz baja, y, acercándose a *Trotapoco*, le dice en su estilo telegráfico:

—Míster Malgrati estar contento. Tú, muchacho, no limpias más caballo. Pasas a caballeriza de carreras y montas todo el día, de mañana a noche. Montar caballo, siempre montar caballo. ¿Comprendido? ¡Muy bien! *All right!* Dentro una hora, otra vez caballo.

Trotapoco cree estar soñando, siente un frío por la espalda como si le faltasen las fuerzas. Aquella jornada que tan mal había empezado, entre lágrimas y desesperación, le trae la felicidad; ¡quería irse a la ventura, cambiar de profesión, mendigar por los caminos, y su porvenir se estaba fraguando!... No sabe que la vida es caprichosa, que junto al dolor suele haber una sonrisa, y que hay que vivirla con paciencia y con fe.

—¿Qué te sucede?—dice Pick—. ¿Lloras?

El maestro ha visto dos lágrimas deslizarse por las mejillas del muchacho, y le mira con los ojos entornados, sorprendido.

—¿Lloras? ¿Entonces esto no te gusta? ¿Quieres seguir limpiando los caballos?

Trotapoco salta de la silla.

—¡Ah, señor Pick!—exclama—. ¡Lloro porque me gusta demasiado!

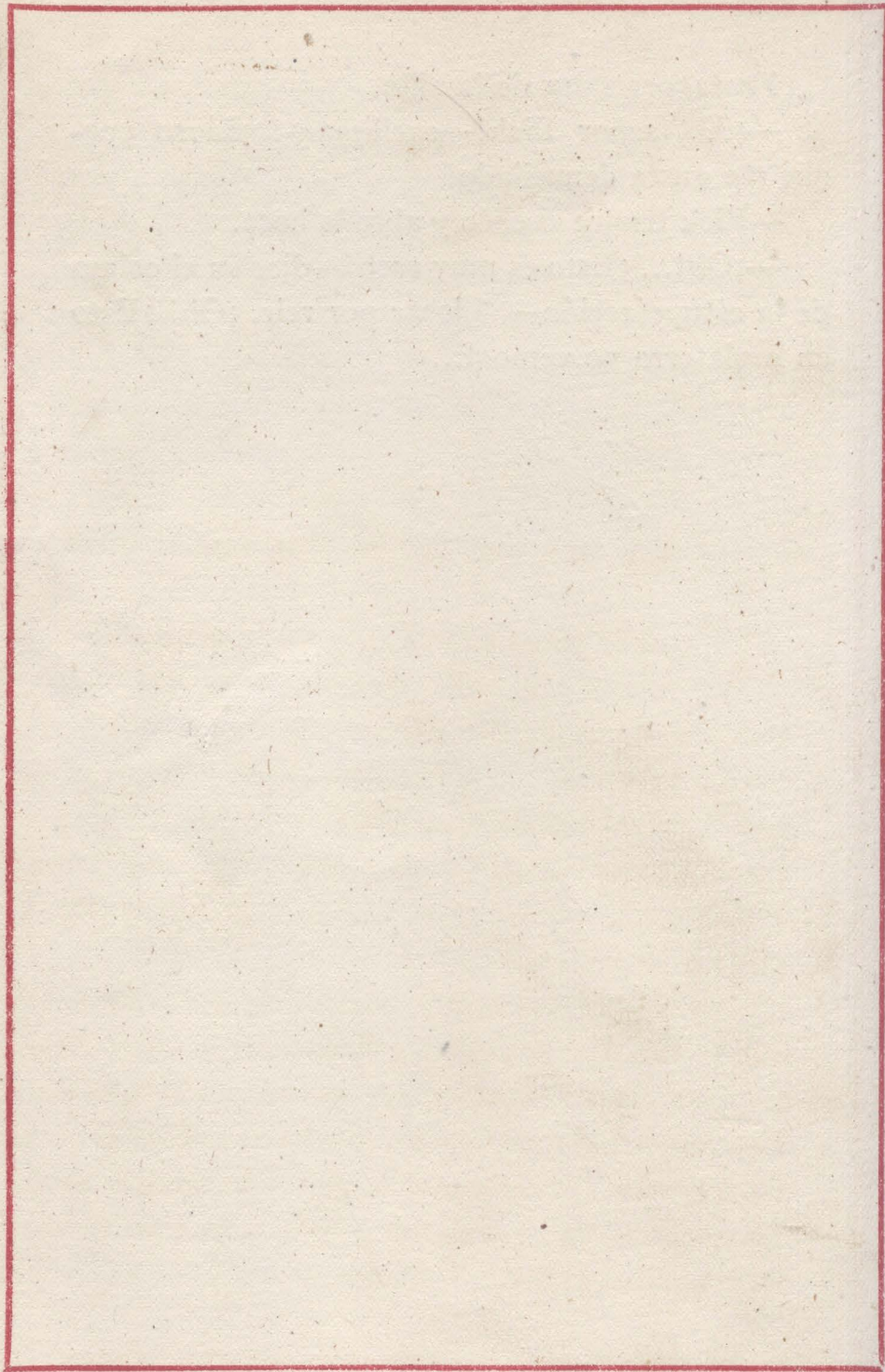
—Pick frunce el ceño y abre la boca.

—¡Oh!... ¡Esto es muy raro!—dice en el colmo de la estupefacción—. Llorar por reír. ¡Oh! ¡Esto en Inglaterra no vemos!...

Le quiero tanto

Maria Rosa

[Signature]



XV

LA IRA DE JOHN TRUSDEY

AL salir del picadero, un mozo se acerca a *Trotapoco* y le indica su cuarto. Es una alcoba pequeña y sencilla que cae encima de las caballerizas de carreras; ya le han llevado su ropa y se la han colocado cuidadosamente en un armario. La cama es una cama, ya no es un catre; hay hasta estufa y una alfombrilla; casi se nota allí una iniciación de lujo.

Apenas se encuentra solo, *Trotapoco* hace lo que su caballo: se pone a galopar por la habitación y la recorre a lo largo y a lo ancho, y añade al galope unos cuantos fustazos que hacen silbar el aire en derredor. Necesita dar escape a su alegría para no ahogarse; y, galopando, canta a voz en grito; canta, silba, chilla...

Hallábase entregado a tan singular ejercicio, cuando se abre la puerta por el poderoso impulso de un puntapié y comparece John Trusdey.

Trotapoco se detiene de pronto, respetuosamente; John le lanza una mirada de través y llega a sentarse en la cama. Lleva su acostumbrado haba-



no en la boca y con la fusta se azota repetidamente las polainas.

—¡Tú eres un imbécil!—declara solemnemente—. ¡Eres un cochino!

El muchacho está asustado. ¿Qué sucede? ¿Qué nueva desgracia se cierne sobre su cabeza?...

—¿Querías escaparte esta mañana?—continúa John Trusdey—. Si el director no llega a pasar por allí a caballo, ¡te hubieras escapado!... ¡Eres un granuja!... Y, ¿por qué?... ¿Porque estabas can-

sado? ¿Porque te dolían las manos? ¿Porque la carrera es difícil?... Vamos a ver: ¿por qué?

—¡No he de decirlo nunca, señor John!...—contestó *Trotapoco*.

—¡Entonces eres, además, un grandísimo estúpido!—declara John Trusdey.

Y luego permanece absorto y en silencio, golpeando con la fusta la colcha concienzudamente como si tratase de quitarle el polvo; pero su pensamiento está lejos de allí; se le apaga el cigarro.

—¡La carrera es difícil!—repite, como si hablase solo—. ¡Ya lo sé! Yo he llorado muchas veces, cuando era pequeño, y me dolía todo el cuerpo de los fustazos que me daban todos los días. La carrera es difícil: hay muchos que no llegan, muchos mueren de fatiga, y los que llegan, trabajan siempre; y siempre a caballo, y todos los días se juegan la vida con los animales perversos, y no vencen: esperan vencer y no vencen. Vencen los demás. Y entonces también se llora por eso; y el entrenador y el propietario de la cuadra te ponen mala cara...

Se detiene, echa una mirada a *Trotapoco*, y continúa:

—¿Pero qué carrera no es difícil?... Yo oigo decir: cuando se quiere ser famoso, todo es difícil. ¿Médico famoso? ¿Escritor famoso? ¿Ingeniero famoso? ¡Todo muy difícil!... Hay que llorar siem-

pre y siempre trabajar, y algunas veces es inútil; no se llega. Si no quieres ser famoso, entonces es fácil; pero entonces no consigues nada, nadie habla de ti y la gente no te conoce... Por eso yo veo que eres famoso: ¡famoso estúpido!...

—¡Tiene usted razón, señor John! —confiesa *Trotapoco*.

—¡Bueno!... Yo me he caído del caballo cien veces y tengo tres costillas rotas y cuatro dientes de oro, porque los otros, los buenos, me los rompí al caerme en un *steeple-chase* de Epsom. ¿Y qué? Si tuviese todas las costillas enteras y todos los dientes sanos sería un pobre hombre, tranquilo y desconocido... Todas las carreras, si se quiere ser famoso, son horriblemente difíciles. ¿Y tú querías escaparte esta mañana?

La idea de que *Trotapoco* quisiera escaparse pone extraordinariamente furioso a John Trusdey; éste se levanta y, sin decir palabra, lanza un fustazo sobre la espalda del muchacho, que, bajo la chaqueta de paño, siente arder su piel.

—¡Si vuelves a escaparte, te aplasto como a un bicho!—amenaza John Trusdey.

Se dispone a salir, pero se detiene.

—Tengo que advertirte una cosa. Te llamas Enrique y te dicen *Trotapoco*. Bueno; tampoco me gusta; eso no es serio para un “jockey”. Desde

ahora te llamarás Harry. Y en vez de *Trotapoco*, te diremos Trotteplein. Esto es: Harry Trotteplein. Estamos de acuerdo; hasta la vista. Pero conste que todas las carreras son horriblemente difíciles y que hay que llorar...

Sale sin volver la cabeza y dando un fuerte golpe con la puerta.

Harry Trotteplein, cuando se queda solo, se da a pensar en todo lo que John Trusdey le ha dicho. En realidad, el razonamiento del célebre corredor no tiene desperdicio; también en la escuela enseñaron a *Trotapoco* que para triunfar en cualquier cosa se necesita mucha energía, y que las dificultades de la vida son numerosas y tenaces; pero a él se le había olvidado, y ante la primera dificultad había perdido por completo la ilusión.

Torna a galopar, a cantar, a silbar, a sacudir la fusta; luego sale corriendo, llega al picadero, encuentra al caballo y, de un solo salto, monta ante las narices de Pick.

—¡Bravo, muchacho! — murmura el maestro, sin poder disimular el regocijo.

2
~~Se guiero Maria Rosa~~

XVI

LA VISITA

DOS jinetes con casaca roja se detenían una mañana ante el cortijo de “Los Tres Castaños” y llamaban a gritos:

—¡Juana!... ¡Juanita!...

Apareció la tía Juana con la bandeja y dos grandes vasos de cerveza.

—¡Buenos días, señor Pablo! ¡Buenos días, señor Leopoldo!—dice—. ¿Qué noticias me traen?

Era una mañana del divino mayo y el aire, perfumado y tibio, esparcía la alegría de vivir por todas partes y serenaba los corazones.

—¡Ah!—respondió el señor Pablo—. Las noticias son buenas... Harry ha empezado hoy el galope de ensayo.

Desde hacía unos meses todos, en las caballe-

rizas, llamaban a *Trotapoco* Harry Trotteplein. Era orden del señor Malgrati, era orden de John Trusdey, y nadie se atrevía a contradecirla. La única que no estaba a gusto era la tía Juana. ¿Por qué Harry? ¿Por qué Trotteplein? Ella no sabía que los nombres franceses e ingleses son tradicionales en los hipódromos, y no comprendía tampoco que el apodo de *Trotapoco* era realmente inadecuado y hasta un tanto ridículo para un muchacho que debía actuar en las carreras y saltar obstáculos y competir en velocidad con los más veloces. Para tía Juana no podía haber nada más querido ni más bonito que aquel apodo de *Trotapoco* con que había entrado en su casa el chiquillo, con el que le había educado y con el que había crecido.

—¿El galope de ensayo?—repitió ella—. ¿Y eso qué es?

El señor Pablo se echó a reír.

—No es fácil de explicar—respondió—. Usted no lo ha visto nunca y no lo puede entender. Pero, en resumidas cuentas, los galopes de ensayo quieren decir que Harry se está preparando para las próximas carreras.

—¡Virgen santísima!—exclamó la tía Juana, levantando las manos, unidas en actitud de plegaria—. ¿Entonces *Trotapoco* correrá como el señor John?

—Eso es; pero, sobre todo, no le llame usted *Trotapoco*—dijo el señor Pablo—. Es Harry, Harry Trotteplein, y ya no se le puede dar otro nombre.

—Perfectamente; pero ¿corre como el señor John?—insistió la buena mujer.

—El mes que viene, si Dios quiere, y por eso hemos venido a darle a usted la noticia—confirmó el señor Pablo.

El señor Leopoldo, que acababa de beberse la cerveza, añadió:

—Pero ¿por qué no va usted a verle?

Tía Juana tornó a juntar las manos. Verle, abrazarle, era su sueño; pero nunca había podido realizarlo, porque el tío Antonio, siempre enfadado con *Trotapoco*, no quería de ninguna manera condescender a aquel justo deseo, y no permitía que el muchacho asomase a la puerta del cortijo.

Así habían pasado los años. *Trotapoco* tenía ya diez y seis o diez y siete, y viviendo a pocos kilómetros unos de otros, nunca había podido abrazar a sus parientes el sobrino ni confiarles tantas cosas, tantas esperanzas, tantas alegrías, ¡tantos dolores!

—¡Ir a verle! —repitió la tía Juana, pensativa—. Demasiado saben ustedes que mi marido no quiere.

—Pero su marido va mañana al mercado—observó el señor Pablo—. Ahora usted haga lo que mejor le parezca. Si quiere usted ver a Harry vaya por la mañana temprano.

Y metiendo espuelas, los caballeros rojos partieron al trote largo de sus cabalgaduras.

Pero la idea de ver al pequeño fermentaba en la mente y en el corazón de tía Juana, y pocos días después, mientras su hombre estaba en el mercado, se decidió.

Aprovechó la ocasión de que un criado iba con un carro de leña a las caballerizas, y le pidió que la llevase. El viaje le parecía eterno, y pensaba que aquellos pocos kilómetros no habrían de acabarse nunca, que se prolongaban bajo las ruedas del carro, que se prolongaban bajo los cascos de las mulas que lo arrastraban.

Cuando se halló en la gran avenida de los castaños, apeóse y caminó a pie; sentía que el corazón golpeaba tan reciamente dentro de su pecho que parecía llegarle a la garganta. Miraba en derredor, como si *Trotapoco* estuviese escondido detrás de los árboles o como si fuera a surgir en algún recodo.

Pasó un muchachuelo; llevaba al brazo unos arneses, y tía Juana le dijo, con voz insegura:

—Oye...



Detúvose el muchacho y se volvió al ver a la buena mujer presa de gran emoción.

—Oye... ¿Dónde está el señor Harry?

—El señor Harry estará montando a caballo a estas horas—respondió el chiquillo—. Si le espera usted aquí, le verá, seguramente.

—¿Y no podría ir yo a buscarle?

—Es difícil. Cuando monta a caballo el señor Harry no habla con nadie.

El rapaz se aleja y tía Juana tiene que resignarse y esperar. Pero eso de oír llamar el señor Harry a su *Trotapoco* le daba una extraña impresión de respeto y le infundía cierto temor.

Pensando en esto estaba, apoyada en el ancho tronco de un castaño y resguardándose con su sombra, cuando vió salir del patio de las caballerizas un hombre a caballo, que se acercaba para entrar en la pista.

Tía Juana le observa, le devora con los ojos: es él..., se lo dice el corazón; ¡es él!...

Pero por poco no lanza un grito. Aquel caballo tan fino, con los remos tan largos, tan escuálido el vientre, es tan malo que la mujer no recuerda haber visto nunca otro parecido. Se empina casi a cada paso y luego tira con frecuencia formidables pares de coces; luego danza sobre las cuatro patas, gira sobre sí mismo y salta y relincha.

Así pasan, el caballo y *Trotapoco*, junto a la tía Juana, que permanece pegada al castaño; pero el muchacho no la ve; está atento a su cabalgadura; parece atado a la montura; con los brazos extendidos, con las rodillas apretadas, con los pies engargantados en los estribos, inclinado sobre el cuello, deja que el caballo se desfogue. De cuando en cuando, el animal, irritado, inicia un arranque y se detiene en seco para derribar mejor a su jinete.

Tía Juana le observa y le ve impasible, tranquilo, como si estuviese en una butaca y el condenado juego del caballo no tuviera nada que ver con él.

Entonces, paso a paso, le sigue y llega hasta la pista.

A la entrada la detiene un joven.

—¿A dónde va usted? —pregunta, bruscamente.

—Voy... Voy a ver...—responde la tía Juana.

—¡No se puede!—dice el jovenzuelo, y le vuelve la espalda.

—Soy la tía del señor Harry—añade la buena mujer.

El joven parece vacilar. ¿Será o no será? Prohibir el paso a la tía del señor Harry le molestaría; pero ¿y si fuese una intrusa cualquiera, que acudiese para curiosear?

— ¡Tiene usted que demostrarlo! — dice el joven.

Tía Juana mira desolada en torno, no sabiendo a quién acudir; pero ve pasar por la pista a un hombrecillo seco y flaco, con la fusta bajo el brazo, y recobra la voz y llama:

— ¡Señor John!...

— ¿Conoce usted a John Trusdey? — observa el jovenzuelo —. ¡Entonces pase, pase usted!

Entre tanto, John Trusdey llega a su encuentro.

— Muy bien — la dice —. ¿Quiere usted ver a Harry?... ¡Por fin! El muchacho está con *Rey de Pica*. Póngase usted aquí a esperarle, porque ahora monto también yo.

En efecto; un mozo conduce hasta dejarlo ante John Trusdey un caballo muy largo, sobre el que monta el corredor de un salto y sale a galope.

— ¡*Rey de Pica! Trotapoco* está con el *Rey de Pica*!... ¿Quién será ese?...

Al cabo de mucho meditar, tía Juana comprende que debe tratarse de su caballo, de aquel animal endemoniado, que vuela y que baila y que salta.

Pero desde lejos, sobre la pista, se ve un punto pequeño.

— ¡Apártese usted! — le grita el mozo que ha traído el caballo de John Trusdey —. Apártese us-

ted, que ahora llega el señor Harry y viene como una bala.

En efecto; el punto pequeñito va aumentando y es, en realidad, una bala, una bala de cañón que corta el aire; luego se le ve mejor: es un hombre casi tendido sobre un caballo lanzado a frenética velocidad; ya está aquí; se siente la trepidación del suelo, suena el resoplido ardiente de la bestia; hombre y caballo, tensos y como enlazados, forman un solo cuerpo; pasan, se alejan, vuelven a ser pequeños.

Tía Juana corre junto al mozo; pero ahora hay dos: uno es el criado de John Trusdey; el otro, el criado de Harry Trotteplein.

Llega nuevamente *Trotapoco* a velocidad fantástica y tía Juana le sigue con una mirada en la que pone toda su alma.

Tía Juana se vuelve a uno de los mozos para preguntarle ingenuamente:

—Y si se cae el caballo, ¿qué sucede?

El muchacho sonríe.

—Si se cae—responde plácidamente—, el señor Harry se destroza la cabeza...

La tía Juana le mira aterrada; dijérase que se trataba de la cosa más natural del mundo. ¡El señor Harry se destroza la cabeza!... Como si fuera una diversión.

—Pero el señor Harry—añade el muchacho—no deja que el caballo se caiga. Además, él es quien ha educado a *Rey de Pica*, y con él es muy bueno...

Calla. El señor Harry está terminando la tercera y última vuelta. Tía Juana recibe la sensación de que la velocidad ha aumentado, y, como si no fuese suficiente todavía, ve que el jinete levanta el brazo y sacude dos fuertes fustazos sobre el animal. No galopa, no corre: vuela a grandes saltos, que recuerdan a tía Juana los saltos prodigiosos de la langosta. Ya se acerca; otro fustazo hace que el animal se estire como si fuera elástico y que se precipite hacia adelante, en un postrer esfuerzo gigantesco.

Tía Juana lo ha visto: tiene los ojos inyectados en sangre, la espuma en la boca y del hocico le sale un vaho caliente, como si el animal estuviera ardiendo por dentro.

Pero, poco a poco, se va calmando. El señor Harry le sujeta suavemente, se inclina para acariciarle el cuello; del galope, al trote, del trote, al paso. El señor Harry lo vuelve, echa hacia atrás; lo para delante de los dos mozos y la mujer. Con el salto ágil de un mono cae a tierra.

Acude el criado para coger el caballo.

—¡Paséalo!—ordena *Trotapoco*, con voz seca.

Pero al volverse para salir ha visto a su tía Juana.

Permanece inmóvil, como preguntándose si estará soñando; luego se arroja en brazos de la buena mujer y no encuentra palabras, no le sale la voz, porque la emoción le aprieta la garganta.

—He venido a verte...—balbucea tía Juana—. ¡Ya no podía más!... Me decían de ti tantas cosas... ¡Qué guapo estás!... ¡Qué alegría tan grande!...

Trotapoco sonríe y encuentra con esfuerzo el dominio de sí mismo.

—Vamos—dice—, vamos a mi cuarto...

Y para salir de la pista coge el brazo de su tía y se apoya en él suavemente, como si fuese un enfermo que da los primeros pasos al aire libre.

¡Qué alegría!... ¡Qué hermosa compensación de todas las fatigas, de todas las lágrimas, de todos los peligros!... Tía Juana le ha visto y ha podido convencerse con sus propios ojos de que ha logrado vencer y de que no será el más insignificante de los "jockeys"... Ella podrá hablar al tío Antonio y conseguir su perdón.

Dice *Trotapoco* todo esto mientras atraviesan el enorme patio, y tía Juana observa que los criados, los mozos, los palafreneros que se encuentran con su sobrino, le saludan respetuosamente, qui-

tándose la gorra. Y se siente llena de orgullo, como si algo de todos aquellos honores la alcanzasen también a ella.

La habitación de *Trotapoco* sigue siendo la misma, encima de las cuadras de carreras, y un rayo de sol la inunda. Tía Juana se sienta en una butaca; el sobrino se acomoda sobre el lecho.

—¿Sabes que voy a correr, tía?—dice alegremente—. Correré la semana que viene todos los días. Hay un premio de cuatro mil, uno de dos mil, otro de ocho mil y otro de tres mil.

—¿Con *Rey de Pica*?—pregunta su tía.

Trotapoco lanza una carcajada.

—¿Ya sabes el nombre de mi caballo?... ¡Qué bonito es!, ¿verdad?... Y más dócil y más obediente que ninguno...

La tía Juana le mira atónita.

—¡Pero es un demonio!—exclama—. Yo te he visto salir de la cuadra, y *Rey de Pica* lo que quería era tirarte a toda costa; es un asesino, un traidor...

Trotapoco vuelve a reír.

—No, tía; te equivocas. Todos los caballos de carreras, cuando salen, hacen algunos jugueteos, una cuantas piruetas, pero con eso no pretenden demostrar más que su alegría.

—¡Condenados!—murmura tía Juana.

—Pues sí; tengo que correr con *Rey de Pica*, con

Cigarrillo y con *Valí*. Este es un poco más duro que los otros, pero no importa. Yo quisiera, tía, que tú me ayudases...

—¿Ayudarte a montar a caballo? — exclama Juana, asustada.

—¡No, no! — explica *Trotapoco*, riendo—. Quisiera que tú me ayudases a hacer las paces con tío Antonio...

—Hijo, no pienso en otra cosa. Esta vida no puede seguir así. Siempre me digo que tú no mereces ningún castigo, que no eres ni malo ni ingrato y que es preciso que tu tío se convenza. Pero ¿cómo lograrlo?

—Mira lo que debes hacer—aconsejó al punto *Trotapoco*—. Debes llevar al tío Antonio a las carreras. Yo estoy seguro, no digo que de vencer, pero sí de hacer buen papel con *Rey de Pica*; llegaré el tercero, llegaré el segundo; pero no he de quedarme en el pelotón, aunque me mate. Se trata de un premio de ocho mil pesetas, al que el director concede mucha importancia, no por el dinero, sino por la calidad de los caballos, todos jóvenes, que han de disputárselo. Por eso es necesario que el tío Antonio esté allí presente el día que yo corra con *Rey de Pica*...

—¿Y cómo haré, Virgen santísima? — exclama Juana, uniendo las manos.

—¡Es indispensable!—dice *Trotapoco* bruscamente, con tono imperativo—. Es indispensable para todos. Yo quiero reconquistar a mi familia.

—¡Lo comprendo, lo comprendo!—balbucea Juana—. Pero mi marido no me escucha...

—Haré que te ayuden—ofrece *Trotapoco*—. Te enviaré a John Trusdey, a Pablo, a Leopoldo; si no basta, te enviaré al entrenador y al director; y si no es suficiente todavía, haré que llegue una orden del señor príncipe.

—Ese sería el único medio—observa tía Juana—, porque ya sabes que Antonio no hace caso de nadie; y una orden del príncipe muchas veces hay que escucharla a la fuerza... Ahora me voy, hijo; se me ha hecho tarde y no quiero que tu tío me riña...

Se levanta, abraza a *Trotapoco*, le besa repetidas veces en las mejillas.

—¡Hasta la vista!—la dice el muchacho, acompañándola hasta la salida—. ¡Hasta que nos veamos, tía, en las carreras!...

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera!—responde tía Juana—. ¡Hasta la vista, hijo!...

Mania Boca

XVII

LA ORDEN

TODA la semana que siguió a la conversación entre Juana y *Trotapoco* se dedicó en el cortijo de "Los Tres Castaños" a convencer a Antonio de que debía presenciar las carreras.

Empezaron por hablar del asunto, como al descuido, el señor Pablo y el señor Leopoldo, y para que las palabras no se perdiesen, la tía Juana encargaba a Antonio que sirviese la cerveza a los dos jinetes rojos.

Pero Antonio los escuchaba encogiéndose de hombros y sin tomarse la molestia de discutir siquiera.

Luego dió la casualidad de que pasase por el cortijo John Trusdey, y se quedó a almorzar.

—Perfectamente—dijo a los postres—. Perfec-

tamente; he comido admirablemente. Hacen ustedes los huevos a la crema de un modo maravilloso... Bien, bien, bien... ¿Saben ustedes que el jueves tenemos grandes carreras?... ¡Ah! Unas carreras muy interesantes...

Hizo una pausa; luego, poniendo una mano en el hombro derecho de Antonio, añadió:

—¿Por qué no va usted a ver las carreras, amigo?

Nunca le había llamado tan cariñosamente “amigo” John Trusdey, y el tío Antonio se sentía orgulloso, lo cual no impidió que respondiera:

—¿Yo a las carreras? ¿Y qué hago yo allí? No es mi centro; de caballos entiendo muy poco, y he oído decir que, no apostando, las carreras no divierten a nadie...

—Está bien—responde John Trusdey, encendiendo un habano—. Bien, bien, bien... Pero hay que ver las carreras... El hombre debe verlo todo para saber... Si usted va a las carreras, puede divertirse aunque no apueste...

—¿Cómo me voy a divertir?—interrogó el tío Antonio—. Que llegue primero un caballo u otro, a mí me da lo mismo.

Todos callaban, pero seguían el diálogo con el corazón oprimido. Tía Juana, que había referido a sus cuñados y a sus hermanas su visita a *Trotapo-*

co, dándoles cuenta de la conjura, apenas si conseguía disimular un temblor que la sacudía como si tuviese fiebre...

—No debe usted decir eso—opuso John Trusdey—. No es posible que le sea a usted indiferente ver llegar primero un caballo u otro. Estoy segu-



ro de que usted prefiere los colores de las cuadras del príncipe a todos los demás. De modo que si llegan primero esos colores, se alegrará usted más que si son otros los que ganan. Y suponga usted que uno de esos caballos vaya montado por persona que usted conozca.

Tía Juana tuvo que hacer un serio esfuerzo para sofocar el suspiro que se le escapaba del pecho.

—¿Que yo conozca? — repitió Antonio —. ¿Y quién podría ser?

—Yo, por ejemplo — explicó John Trusdey—. ¿No le gustaría a usted que llegase yo antes que ninguno?

—¿Usted?—exclamó Antonio—. Usted está ya acostumbrado a vencer y a llevarse todos los premios, de manera que si le viera a caballo, le contemplaría tranquilo y seguro.

—No diga usted eso—interrumpe John Trusdey—. Vencer es siempre muy difícil, y yo no soy distinto de los demás hombres. Yo también puedo perder... Y esa posibilidad produce emoción, querido amigo. Usted me ve llegar, acude a felicitarme, y yo le doy un abrazo.

Antonio ríe.

—Desde luego, desde luego. Siempre es una emoción. Pero no alcanzo a comprender por qué debo ir ahora a las carreras, al cabo de tantos años. No he estado nunca, y a no ser por un motivo especial...

—No hace falta ningún motivo especial—exclamó John Trusdey, comprendiendo que de haber dicho que se trataba de que viera correr a *Trotapoco*, Antonio se hubiera negado obstinadamente—. Ningún motivo especial. ¡De manera que nos veremos el jueves!...

—No he de ocultarle que será muy difícil; más bien me parece imposible.

—¡Bueno, bueno!—concluyó John Trusdey—. Ya hablaremos del asunto y le convenceremos.

Antonio frunció el entrecejo, áspero y terco como de costumbre.

Entretanto pasaban los días, y aquel jueves en que debía correr *Trotapoco* se acercaba con tal rapidez que a tía Juana le parecía insólito. Ella ignoraba que el tiempo es largo o breve, según los temores o los deseos, y que le atribuimos alma y pensamiento, como a un personaje, a medida que el deseo o el temor se agitan.

Por eso a tía Juana se le antojaba tan rápida aquella semana, que hubiera jurado que los días no tenían más que doce horas, en vez de veinticuatro. Y era que Juana temía verla pasar velozmente sin que Antonio variase de propósito, y también temblaba *Trotapoco* escuchando lo que tanto Pablo y Leopoldo como John Trusdey le referían.

—Es muy serio—le dijo John Trusdey—. Es un caso muy serio. Yo creo que ese animal no se dejará convencer.

“Ese animal”, en el lenguaje figurado de John Trusdey, era el tío Antonio.

Trotapoco apretaba los puños. ¿Qué hacer? ¿Cómo arrastrar a tío Antonio a las carreras?

—Yo te aconsejaría que hablastes con Héctor —insinuó John Trusdey—. El es hombre astuto; puede inventar algo; siempre se le ocurre alguna idea... ¡Oh! ¡Ese es un hombre excepcional!...

Aun no había acabado de decirlo John Trusdey cuando ya *Trotapoco* le había vuelto la espalda en busca de Héctor Malgrati.

Le encontró en el picadero, asistiendo a la primera lección de un chiquillo que pretendía ser “jockey”.

El muchacho, que se llamaba Nini Baléstra, montaba con entusiasmo, pero caía sobre el serrín en cuanto se iniciaba el trote. Y *Trotapoco* recorrió aquellos días en que también él salía con los pies por el aire mientras la inexorable fusta de Pick le alcanzaba.

Pick saludó a *Trotapoco* con una especie de mueca que en su rostro de sandía quería significar una sonrisa de amistad.

Cuando Héctor Malgrati salió del picadero, *Trotapoco* le fué al encuentro y le detuvo.

—¡Señor director!—dijo.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué quieres? —interrogó Héctor.

Entonces, breve y rápidamente, como le habían enseñado a hablar aquellos hombres que no gusta-

ban de perder el tiempo, *Trotapoco* puso al señor Malgrati al corriente de todo.

—¡Cómo!—exclamó éste—. ¿Que tu tío no quiere ir a las carreras? ¡Debe ser una bestia tu tío!

—Pobre tío—pensó *Trotapoco*—; el uno le llama animal, el otro le llama bestia, y él se mostraría asombrado de que se hablase tanto de él y de aquella manera.

—¿Ni siquiera John ha conseguido convencerle?—preguntó Héctor—. Entonces le obligaremos: le echaremos una cuerda al cuello y le llevaremos al hipódromo como a un caballo rebelde.

—Eso está muy bien—dijo *Trotapoco*, sonriendo—. Pero ¿quién le echa la cuerda al cuello?

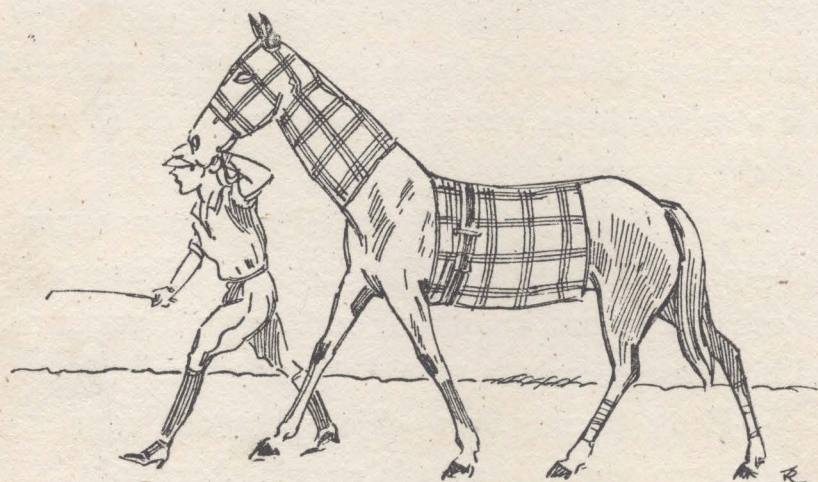
—Yo mismo. ¡Verás!...

Se recogió para meditar un instante, con los brazos cruzados. Afortunadamente, aquel día tenía Héctor entre los labios su pipa inglesa, lo cual quería decir que las cosas marchaban bien y que estaba contento.

—¡Ya lo tengo!—exclamó, de pronto, señalándose con el dedo corazón en el centro de la frente—. ¡Ya lo tengo! Tú no te ocupes más de ese asunto, y ya verás cómo va tu tío a las carreras. ¿Has comprendido?... ¡El jueves veremos en el

hipódromo de San Siro a ese bestia!... ¡Palabra de honor!

Trotapoco no quiso insistir; se quitó la gorra para saludar y, corriendo, entró en la cuadra, donde hizo ensillar a *Valí*, que todavía no estaba muy



dócil y seguía oponiendo encarnizada resistencia a la voluntad de su jinete.

Mientras *Trotapoco* convencía a *Valí*, a fuerza de fustazos, dejándose llevar y sacudir como una planta se deja empujar por el huracán y la tormenta, Héctor Malgrati se dirigía al palacio del príncipe.

Surgía éste a poca distancia de las caballerizas, majestuoso y solemne, con una doble columnata de pórfido rosa, y delante, entre verdes palmeras, saltaba o se escondía un ágil surtidor de agua,

que a veces ascendía recto, para curvarse en lo más alto y caer en la amplia taza con mil salpicaduras, que hacían un ruido cristalino como de voces infantiles.

Héctor se presentó al mayordomo y le dijo:

—Hágame el favor de llevarme a presencia de su alteza la princesa.

El mayordomo vaciló. Conocía a Héctor Malgrati, tenía derecho a acercarse al príncipe cuantas veces lo estimase oportuno; pero Héctor no hablaba nunca o casi nunca con la princesa, y de ahí que la solicitud de una audiencia le pareciese extraña al mayordomo.

—El caso es que su alteza ahora está escribiendo—respondió.

—No importa—insistió Héctor—; se trata de algo grave y urgente... Grave y urgente.

Pronunció estas dos palabras con tal seriedad que el mayordomo ya no se atrevió a discutir, y, sin más reparos, fuése para anunciarle a la princesa.

Un instante después Héctor Malgrati cruzaba el umbral del saloncito donde la bella señora rubia se hallaba, sentada ante su escritorio. Volvióse al oír los pasos del que entraba y al punto le interrogó:

—¿Qué sucede, Malgrati?... ¿Alguna mala noticia?

—¡No, alteza!—respondió Héctor—. He venido en busca de su ayuda para una buena obra.

—¡Ah! ¡Respiro!—dijo la señora, sonriendo—. ¡Siéntese usted!... Y cuénteme.

Héctor Malgrati se sentó en un silloncito, poco separado del escritorio, y dijo:

—Verá vuestra alteza de lo que se trata. Tenemos un muchacho “jockey”, de diez y seis años, Harry Trotteplein, que el próximo jueves debe correr en San Siro el premio de las ocho mil pesetas...

—Ya lo sé—repuso la princesa—. El príncipe me ha hablado mucho de él y parece que tiene grandes esperanzas...

—Ha nacido y está hecho para el oficio, alteza. Pero es el caso que su tío quería hacerle tenedor de libros. El pobre Harry, cuando aun era un niño, tuvo el valor de escaparse de su casa y de venir con nosotros para aprender. Soportó todas las fatigas tremendas y todos los peligros del aprendizaje con mucha paciencia, y hoy es realmente una creación de nuestras caballerizas. Pero debo añadir que su tío, ofendido, con razón o sin ella, por aquella fuga, no ha querido volver a verle desde aquel día, no ha querido que se le hable de él y le ha considerado como muerto.

—¡Es un hombre terrible! —observó la princesa.

—Duro y terco, alteza. Inútil decir que Harry ha sufrido muchísimo con esa severidad, tanto más cuanto que el tío prohíbe también a su mujer, a sus hermanos y a sus cuñadas que visiten al muchacho. Han pasado muchos años desde su fuga y en todo este tiempo sólo una vez la tía ha podido ver al sobrino, pero a escondidas y a toda prisa. Ya puede comprender vuestra alteza cuánto interés tenemos todos en que se llegue a una reconciliación entre el tío Antonio y Harry...

—Es un deseo muy justo—dijo la señora—. Ya es hora de que ese hombre perdone.

—¿Verdad, alteza?... Y habíamos pensado convencer a Antonio para que fuese el jueves a las carreras. El chiquillo hará buen papel; yo no sé si llegará el primero o el segundo, pero quedará decorosamente, y en ese momento la reconciliación sería más espontánea, más natural.

—Muy bien pensado—observó la princesa.

—Lo hemos pensado bien, pero no hemos conseguido nada—añadió Héctor Malgrati.

—¿Cómo que no?

—No hemos conseguido nada, alteza, porque Antonio se niega obstinadamente a ir a las carreras el jueves y cualquier otro día. Dice que las ca-

rreras no le importan, que no entiende nada y que esas no son cosas para él...

—En efecto... —murmuró la princesa, sonriendo.

—No escucha a nadie—siguió Héctor—, y se ha negado incluso a John Trusdey, que a sus ojos es una especie de dios de la tierra.

—Tal vez haya comprendido...—dijo la princesa.

—Precisamente comprender, no —respondió Héctor—; pero ya sabe vuestra alteza que la gente del campo es astuta y sutil. Olfatea en el aire alguna cosa y desconfía. Por eso no logramos nada; y como se trata de hacer el bien, de llevar la paz a una familia, de reconciliar a un chiquillo con sus parientes, yo me atrevo a esperar que vuestra alteza se digne ayudarnos.

—¡Qué duda cabe! Harry merece un premio a sus fatigas, y el deseo de hacer las paces con su tío, que le ha mantenido y le ha educado, es nobilísimo. Lo que no comprendo es por qué procedimiento puedo yo serles útil.

—De la manera más sencilla, alteza—atajó inmediatamente Héctor Malgrati—. Bastaría con que mañana llegase al cortijo de “Los Tres Castaños” una orden de vuestra alteza; la orden de que todo

el personal vaya a las carreras pasado mañana, esto es, el jueves.

—Es una orden muy extraña—objetó la princesa, sonriendo.

—Las órdenes de vuestra alteza no se discuten, ni vuestra alteza necesita explicarlas.

—Está bien; enviaré la orden—concluyó la princesa, poniéndose en pie.

—Merecerá la bendición de todos, y yo no sé cómo agradecer...

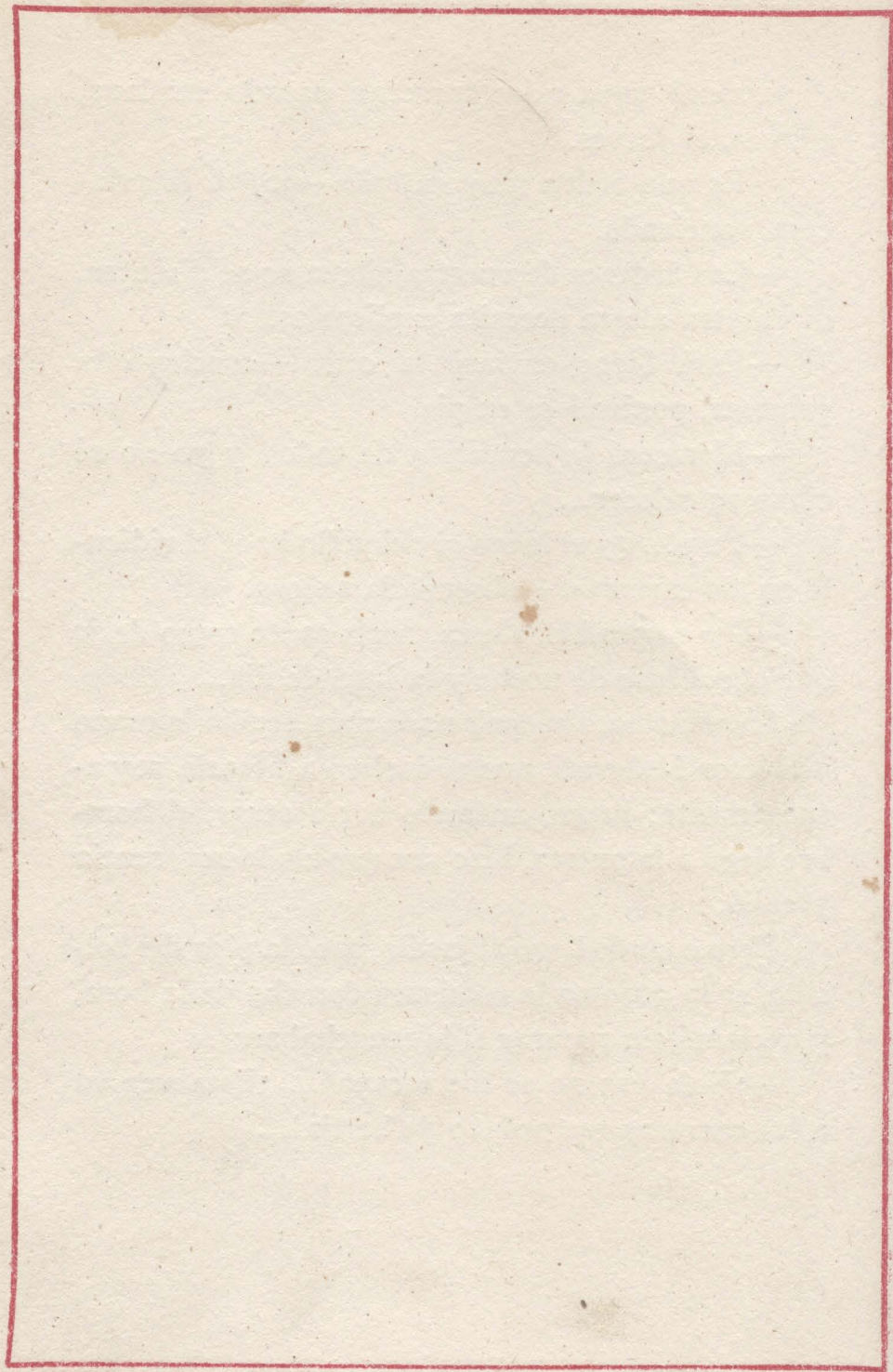
—Pero... ¿y si luego el chiquillo hace el ridículo en las carreras?—observó la señora.

—No es posible, alteza. Sería tanto como decir que el sol luce de noche y la luna de día...

La princesa, sin decir nada más, tendió la mano a Héctor Malgrati, que se inclinó a besarla respetuosamente; luego, andando hacia atrás, el hombre llegó a la puerta, hizo una profunda reverencia y salió.

Pero cuando llegó al jardín, sacó la pipa del bolsillo, se la puso en la comisura derecha de la boca, y exclamó sin reparar si le escuchaban:

—¡Esta vez no se me escapa!... ¡Esta vez va a las carreras ese pedazo de bestia!...



XVIII

EL DIA GRANDE

HECTOR Malgrati, sin embargo, se mostró muy preocupado al día siguiente, cuando, al volver a su casa desde el cortijo, Pablo y Leopoldo le advirtieron que allí no había llegado orden ninguna de la princesa.

Se golpeó la frente y se rascó con furia la punta de la nariz.

—¡Su alteza se ha olvidado!—dijo—. ¿Qué haríamos? ¡A estas alturas es imposible acercarnos a hablar con ella del asunto otra vez! Creí haber ganado la partida y la he perdido...

Hizo que llamasen a Harry Trotteplein y le puso al corriente de lo que sucedía.

El muchacho hizo con los brazos un ademán de desolación.

—¡Qué disgusto!—exclamó—. De seguro que la princesa no se ha vuelto a acordar; ¡tiene que pensar en tantas cosas!... Pero ya no es posible hacer nada, no se la puede molestar otra vez.

También en el cortijo estaban desconsolados. Pablo y Leopoldo habían advertido a Juana que llegaría una orden de parte de la princesa, y la buena mujer se había sentido feliz; pero, una tras otra, fueron pasando las horas y la orden no llegaba. Cuando se acostó Juana, llena de pena, no logró conciliar el sueño un solo minuto.

Al día siguiente, por la mañana, en ocasión en que se hallaban también presentes Pablo y Leopoldo y mientras hablaban con entusiasmo de las carreras de aquel día, vieron aparecer a un criado de librea gris, la librea de diario de la princesa.

El criado se dirigió a la tía Juana y le dijo:

—Hágame usted el favor de llamar a su marido.

Y mientras Juana corría en busca de Antonio, el criado habló con Pablo y Leopoldo.

—¿Es una orden?—preguntaron los dos en voz baja.

—Sí—respondió Bautista, el criado—. Su alteza se había olvidado y esta mañana hizo que me llamasen y me dijo que viniera en seguida al cortijo.

Pablo y Leopoldo se frotan alegremente las manos y sonríen, pero de pronto se contienen fingien-

do una perfecta indiferencia, porque a lo lejos han visto llegar a Antonio seguido de Juana.

—¿Qué sucede?—pregunta Antonio inquieto al criado.

—¿Es usted el jefe de la familia?—interroga Bautista.

—Por lo menos soy el más viejo...

—Perfectamente. Me envía su alteza la princesa para decirle que ella desea que usted y toda la familia vayan esta tarde a ver las carreras a San Siro... ¿Está comprendido?

Antonio permanece en silencio. No acierta a comprender por qué la princesa piensa en él y en su familia.

—¿Está comprendido?—repite Bautista.

—Comprendido—responde Antonio—. Si su alteza lo desea, nada hay que decir.

—¡Eso creo yo!—observó Bautista sonriendo.

Se registra en un bolsillo y saca un sobre.

—Aquí dentro van las localidades para usted y para toda su familia. Tienen ustedes que estar en San Siro a las dos de la tarde.

—Y en el cortijo, ¿quién se queda?—pregunta Antonio.

—Bastará con que queden los criados, los mozos y la gente de labor—responde Bautista—. Supongo yo ¿No es eso?

—Así será—responde Antonio.

El criado estrecha la mano a Leopoldo y a Pablo y se va ligero para comunicar a la princesa que ha cumplido su misión.

Antonio está asombrado. Mira en derredor y en vano se pregunta por qué la princesa habrá pensado en él, precisamente en él, y le habrá dado orden de ir a las carreras, y precisamente aquel día, precisamente el jueves, como quería John Trusdey, como querían Pablo y Leopoldo.

—*Hum!*... —refunfuña—. Aquí debe haber algo, algún lío.

Pero no pronuncia una sola palabra y da las órdenes para la marcha. Tía Juana está tan contenta que si hablase rompería a llorar; luego la invade un espanto, el espanto de ver a *Trotapoco* en la carrera con los demás, de saberle en peligro, tal vez de asistir a una situación ridícula; y de nuevo se alegra con la esperanza de que sus temores sean infundados; y tan pronto de hielo, tan pronto de fuego, no tiene paz y vive como en sueños, como una sonámbula.

El día es gris. Dicen que las grandes carreras se corren casi siempre con tiempo inseguro, bajo un cielo cubierto de nubes. Y realmente, ahora todo el cielo es del color del plomo, cuajado de nubes que

so
llar
tiempo
primavera
cinto del
cerá esmalta

Héctor le
carta de suma
cipe que Harry
luchar y le ha com
mil pesetas, que es in
nero cuanto por su sig
venzan en aquella car
mente gran valor y se

Pero, ¿qué hará Tr
correr luego, pasado el
setas; pero eso ya no le in
los caballos de las carrer
difíciles, rebeldes, y aunque

...del sem...

El...

...y se va...

...que ha...

...A...

...en...

...

...n

...so.

...gui-

...com-

...Rey de

...enuncia a

...richos; de

...en cuando se

...on terquedad

...erse en fila y

...izarse al galope...

¿Estará hoy pruden-

te? ¿Se mostrará dís-

colo? ¿Sabrá Harry

hacerse obedecer?

...dice Héctor a Trota-

varle. El muchacho está

...colores de la casa, blusa

...opelo del mismo tono, pe-

...basea por el recinto del peso

con la fusta bajo el brazo y parece que va pensando en cosa completamente distinta de la cercana lucha. Pero disimula; se esfuerza en disimular; en realidad, el corazón le da un salto de cuando en cuando, y quisiera estar a 1.000 kilómetros de distancia, quisiera ser un tranquilo tenedor de libros en su escritorio, ante el Diario o el Mayor.

—Ya han llegado—dice Héctor Malgrati a *Trotapoco*—. Los he visto: están en la tribuna de cinco pesetas.

Trotapoco palidece a fuerza de alegría y de emoción.

¡Ah! ¡No! Delante de tía Juana y de tío Antonio, delante de todas las tías y de todos los tíos, no consentirá que otro se lleve el premio, ¡aunque le cueste morir clavado en la montura!

Héctor Malgrati advierte la súbita palidez del muchacho y se regocija. Es un fustazo en el orgullo del “jockey”: también Héctor está ahora seguro de que Harry Trotteplein hará milagros.

Llegan los jurados para el peso; dentro de poco se correrá el premio de las ocho mil pesetas. *Trotapoco* sube a la balanza cargado con el sillín.

En aquel momento las tribunas ofrecen un aspecto fantástico; el sol ha logrado triunfar, y, separando a las nubes, ha inundado con su dorada luz a la enorme multitud que se apretuja en las

tribunas, haciendo resaltar los colores de los vestidos, de las sombrillas, de los sombreros, los colores que se animan repentinamente con una vida detonante, casi agresiva.

Tío Antonio mira a su alrededor con la boca abierta; no sabe qué decir y ríe; luego vuelve a mirar hacia el cielo azul, después de frente y por la parte de las tribunas y torna a reír.

—¡Muy hermoso, muy hermoso!—va repitiendo—. ¡Hermoso, hermoso, hermoso!...

Tía Juana y los demás parientes permanecen mudos. Saben que dentro de poco aparecerá *Trotapoco*, que al cabo de unos momentos habrá de luchar con su caballo contra otros jinetes, a cual más diestro; y están mudos de espanto y de emoción, rogando a Dios con una plegaria mental, ardiente y apasionada, que ayude al muchacho, al pobre muchacho que arriesga con tanto valor su vida.

Tía Juana está apoyada en el pasamanos de la tribuna, y agarrada a él con tanta fuerza, que nadie, ni el más fuerte atleta del mundo, lograría desasirla.

De improviso se escapa un grito de entre sus labios secos:

—¡Ahí está! ¡Es el primero!

Lo ha reconocido al punto en la manera de saltar su caballo: no lo ha olvidado desde el día en

que vió el galope de prueba, y desde aquel momento ha seguido viéndole en el fondo de su corazón y delante de sus ojos.

—¿Quién dices que está ahí?—pregunta Antonio.

—¡*Trotapoco!*—responde tía Juana con expresión de triunfo.

Antonio mira, busca, escruta, se pone la diestra a modo de pantalla sobre los ojos: y, por fin, le sale la voz de la garganta, pero sibilante:

Trotapo... ¡Ay, Virgen santísima!... ¡Ay, Virgen del cielo!...

El muchacho no ve, no puede ver. Está con los brazos extendidos, encaramado, como encolado sobre *Rey de Pica*, que se muestra más revoltoso que nunca. Desde que planta el primer casco en la pista, el caballo empieza a dar botes formidables y a girar sobre sí mismo, y de cuando en cuando se sacude desde la cabeza a la cola, como si un temblor de fiebre le acometiera de pronto.

Trotapoco le deja hacer, y en realidad *Rey de Pica* aprovecha la ocasión para mostrar todo su repertorio; después de un bote se para en seco; luego da un salto; ahora se empina sobre las patas traseras; ahora mete la cabeza entre las manos y lanza un par de coces al aire; ya tiene los belfos espumeantes y la piel bañada en sudor.

—¡Virgen santa, qué valiente! — exclama tío Antonio.

Comprende que para resistir aquella obstinada rebelión, aquellas sacudidas violentas del caballo se necesitan músculos de acero y mucha sangre fría.

El tío Antonio piensa que ni Leopoldo ni Pablo conseguirían permanecer montados en tales circunstancias; y su mente vuela hacia John Trusdey, el único comparable con el menudo *Trotapoco*. Por eso su admiración no tiene límite; aunque luego llegase el último en la carrera, el solo hecho de permanecer sobre un caballo endemoniado como aquel *Rey de Pica* bastaría para conquistarle el corazón de su tío Antonio.

Por lo demás, digámoslo en voz baja, tío Antonio no quiere otra cosa, ni desea nada mejor, porque durante todos aquellos años ha pensado mil veces en el sobrinillo, con melancolía.

—¡Ah! ¡Bribones, bribones, bribones!—exclama mirando a tía Juana y a los otros—. ¡Me habéis engañado! ¡Ahora lo comprendo!...

Se queda un instante en silencio, y luego añade:

—¡Pero estoy contento!... ¡Me alegro!...

Se han presentado otros caballos: unos, dóciles; otros, traviesos e inquietos; y poco a poco se

van poniendo en fila para la salida, uno junto a otro.

Esperan a *Trotapoco* con su *Rey de Pica*; pero *Rey de Pica*, al parecer, no tiene prisa; va saltando, y bailando, y girando, y relinchando como si él no tuviese nada que ver con la carrera.

Trotapoco se inclina sobre el cuello y con la diestra acaricia al animal; dijérase que éste comprende: de pronto se muestra dócil, camina con paso sencillo y ágil y entra en el pelotón.

Un momento de espera, un silencio...

El caballero de levita y sombrero de copa lanza una ojeada, hace un gesto... ¡Adelante!... Suena la campana.

Han arrancado todos juntos, tendidos sobre el cuello y durante poco tiempo corren uno junto a otro, como si estuvieran dando un paseo entre buenos amigos.

Tía Juana tiene el rostro blanco, no puede respirar, se le ha parado el pulso. Le ha visto arrancar, ha visto a su *Trotapoco* tendido sobre el caballo; casi pegado a él, y ha visto al caballo elástico, largo, con aquellas cuatro patas sutiles que parecen patas de mosca. Tía Juana tiene que taparse la boca con el pañuelo para no gritar.

Cierra los ojos; pero un grito colosal, el grito

de la multitud ebria y feroz, la despierta repentinamente.

—¡Ya están, ya están, ya están!...

Es el único grito de aquel momento en que la muchedumbre no encuentra otra palabra para expresar sus ansias.

—¡Ya están, ya están, ya están!...

Tía Juana mira con los ojos de par en par.

Los caballos llegan furibundos, con el cuello extendido, los músculos hinchados, los ojos despidiendo fuego, como verdaderos demonios desenfrenados. Primero va un "jockey" con la blusa negra; segundo, otro con blusa amarilla; tercero..., ¡santísima Virgen, el tercero es *Trotapoco*; es él, con su preciosa blusa carmesí, con su magnífico *Réy de Pica*!

Los demás vienen luego, a distancias variadas; pero aquellos tres primeros están tan juntos, galopan tan apiñados que se dirían atados por un hilo invisible; la cabeza de uno de los caballos toca al flanco de otro, y todos vuelan en un esfuerzo supremo, enorme, vehemente...

El galope es formidable; hace retemblar la tierra; se oye, amengua, desaparece; caballos y jinetes pasan como relámpagos, con los ojos fijos hacia delante: los animales casi planos, los hombres casi tocando con la boca el cuello de las cabalgaduras.

—¡Es un infierno!—dice el tío Antonio—. ¡Pobre *Trotapoco*! ¡Pobre *Trotapoco*!

—¡Es una cosa tremenda!—murmura la tía Juana.

Entretanto ha desaparecido pasando por la curva de la pista, allá, en el fondo.

Pero se oye circular un susurro por las tribunas que se hace más insistente, se propaga de la tribuna al peso, del peso al centro del hipódromo. Es un murmullo en voz baja y continuo.

—¿Qué sucede?—pregunta en torno suyo el tío Antonio.

—Se ha caído uno—responde un señor que está a su espalda.

—¿Cuál?—pregunta tía Juana.

—¡Un "jockey"!

—¿Se ha hecho daño?

—Parece. No se sabe aún...

La tía Juana da un salto.

—¡Me voy!—anuncia resueltamente—. ¡Yo me voy!

Pero el tío Antonio la sujeta por un brazo.

¡Estate quieta!—dice—. ¡Espera!...

—No, no—insiste tía Juana—. Quiero saber quién se ha caído... ¿Y si fuese *Trotapoco*? ¿Y si se ha hecho daño?... No hay nadie que le ayude...

—¡Estate quieta!—repite el tío Antonio.

También él piensa que si llegan los jinetes y no está *Trotapoco* entre ellos, querrá decir que se ha caído y se ha hecho daño; pero prefiere comprobarlo con sus propios ojos; además, comprende que, empezada la carrera, no se puede entrar en la pista y auxiliar al herido.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!—grita la multitud—. ¡Ya están aquí!...

Tía Juana se deja caer en su asiento y cierra los ojos.

Llega el pelotón; pero no es un pelotón; los otros vienen muy detrás; ahora es una lucha entre los dos que van delante del grupo; una pelea encarnizada, terrible, espantosa.

Tía Juana ha abierto los ojos ante una exclamación de Antonio.

—¡Mírale!—grita éste—. ¡Es él, es él, el segundo!... ¡Ay, Virgen santísima, ayúdale!

Tía Juana mira aterrorizada; no se ha equivocado su marido; es, en efecto, *Trotapoco* con su blusa carmesí, con la gorra carmesí; es, en efecto, *Rey de Pica*. Vuelan, saltan, son una sola cosa hombre y caballo, uno sobre otro, tendidos, curvos, casi informes... Han pasado, se ven pequeños, doblan la curva.

Tía Juana ríe y luego llora y después torna a reír.

comprenden que *Trotapoco* se juega la última carta.

Un latigazo, dos, tres...

Rey de Pica los sufre; comprende que no es el momento de negarse ni de hacer piruetas. Al primer golpe se estira; al segundo, salta; al tercero, vuela... Ha alcanzado al rival, van con las cabezas unidas...

Un postrer latigazo, precisamente al pasar por



delante de la tribuna en que están colocados tío Antonio y los demás parientes.

¡Magnífico! Se ha adelantado: el rojo pasa delante del negro.

—¡Bravo!—grita el viejo aficionado—. ¡Bravísimo!

—¡Bravo!—gritan todos los demás, en pie.

Se oye como una repentina granizada, larga, larga, larga, insistente, continua: son aplausos, aplausos que se prolongan de tribuna en tribuna,

son gritos, son exclamaciones, son voces de estímulo...

Pero suena la campana. La carrera ha terminado.

Harry Trotteplein ha llegado el primero. Segundo, el "jockey" de la blusa negra. Tercero, el "jockey" de la blusa amarilla...

Tía Juana cae hacia atrás, pálida como un cadáver; ha perdido el conocimiento por la fuerza de la alegría.

Se ve a un hombre correr por la pista. Es Héctor Malgrati, que parece brincar; estrecha la mano de Harry Trotteplein, luego le echa los brazos al cuello, y, cogiendo las bridas de *Rey de Pica*, conduce al caballo y al jinete como en triunfo.

Llega otro señor, elegantísimo, de cabello cano. Es el príncipe de Santanna que estrecha la mano al vencedor, y le dice:

—Estoy verdaderamente orgulloso de ti.

Pero *Trotapoco* parece inquieto.

Apéase del caballo y mira en derredor. ¿Será posible que ninguno de los suyos acuda a dirigirle una palabra? ¿Que no le haya perdonado todavía su tío Antonio?

Trotapoco está rodeado de muchos caballeros que le felicitan y le preguntan. John Trusdey surge sonriente.

—¡Ah!—exclama dando a *Trotapoco* un abrazo que casi ahoga al muchacho—. ¡Muy bien!... ¡Magnífico, magnífico!... ¡Soberbia carrera!... ¡Te has portado admirablemente!... ¡Tienes un brillante porvenir! ¡Bien, bien, bien!...

Pero el cerco en torno a *Trotapoco* se rompe violentamente: a empujones, a codazos, se ha hecho paso el tío Antonio, y, sin decir palabra, con el rostro inundado de lágrimas, ha agarrado a *Trotapoco* y le abraza muy fuerte, le besa, le acaricia frenéticamente.

Detrás de él llegan tía Juana, tía Clara, tía Bice, tío Ernesto, tío Arturo, toda la familia, que se va disputando al muchacho y que le abraza, y le besa, y le mira, como si no se cansasen de verle tan guapo, tan fuerte, tan elegante, con su blusa carmesí.

Héctor Malgrati explica a los caballeros que les rodean el por qué de aquella escena conmovedora y el por qué de la reconciliación.

Luego acude a la tribuna del peso, se acerca con la cabeza descubierta a la princesa, y dice:

—Alteza, tengo el honor de decirle que ya se han hecho las paces.

—¡Me alegro muchísimo!—exclama la princesa, sonriendo—. Ese chiquillo, Harry, es verdaderamente portentoso. Le ruego que le invite a cenar con nosotros esta noche.

Héctor Malgrati se inclina y se aleja.

Entretanto, tío Antonio ha recobrado el uso de la palabra y pregunta a *Trotapoco*:

—Pero, ¿qué has hecho?... ¿Qué has hecho para llegar a ser tan valiente?

Trotapoco se encoge de hombros, vacila un momento y luego contesta con una sonrisa:

—¿Qué he hecho?... ¡No lo sé, tío Antonio!... ¡Yo mismo no lo sé!...

Es sincero; no lo sabe; pero nosotros, que le hemos seguido en todas sus visitudes hasta aquí, podemos responder por él.

Trotapoco ha vencido como se vencen todas las cosas de este mundo, como se vencen todos los obstáculos y todas las dificultades: con paciencia y con valor.

FIN



